

# ¿Por qué evangelizamos?

Si tomas algún texto de este pequeño libro, te pedimos incluyas APA  
Colabora con nuestro ministerio.

Para más información comunícate con [René](#)

E-Mail: [renealvarado@elpoderdedios.org](mailto:renealvarado@elpoderdedios.org)

[elpoderdedios.org](http://elpoderdedios.org)

Publicaciones Ministerio de evangelización Pan de Vida Inc.

©1999-2023

Derechos al autor. Copyright ©1999

[René Alvarado](#)

# ¿Por qué evangelizamos?

¿Por qué Evangelizamos? .....	3
Yo estoy con ustedes: .....	4
La cosecha está lista:.....	12
Dios protege al que confía en él: .....	21
Para evangelizar hay que orar: .....	28
La oración debe ser la sal que da sabor:.....	32
El ayuno que agrada a Dios.....	35
En Dios está nuestra fe y esperanza .....	41
Conclusión.....	51

## ***¿Por qué Evangelizamos?***

Es una pregunta que nos hacemos constante y especialmente cuando en medio de la evangelización, somos perseguidos y hasta odiados sin razón por todos aquellos que aun que sirviendo dentro la de la Iglesia, no comprenden el amor eterno que el Padre nos da a cada uno de sus hijos.

Es por ello por lo que en el nombre de Cristo Jesús quiero compartir con ustedes un nuevo libro de formación, que nos ayudará a comprender mejor el hecho de la evangelización desde un punto de vista teológico y sin temor de que al leerlo, alguien se sienta ofendido, pues si se siente así, es porque en realidad el saco le ha quedado como mandado a hacer.

Aquí, no pretendo ser un erudito: “soy simplemente el burrito que lleva a Jesús”; y, lo que comparto aquí con ustedes son las experiencias que he adquirido a través de los 40 años que llevo dedicado al Evangelio, llevando la Buena Nueva a los más necesitados. Por esas mismas experiencias, me he dado cuenta de que no evangelizamos de acuerdo con el plan perfecto de amor del Padre y que, aunque como servidores participamos de grandes eventos de evangelización, no lo hacemos por amor, sino más bien, para que el mundo nos admire y lamentablemente esa es la realidad y me duele decirlo.

Debemos comprender pues que todo lo que hacemos lo hacemos para glorificar al Señor, pues, es él, el que debe de ocupar el primer lugar en nuestras vidas (eso lo veremos más adelante), llevando su mensaje de salvación a la humanidad.

El lenguaje utilizado es simple y común, pero es duro en su contenido. Para comenzar a leer primero que nada debemos de orar y pedir al Señor por su Espíritu de sabiduría, para que podamos comprender lo que leemos.

Bueno, diciendo esto, preparémonos a estudiar lo que Dios nos enseña sobre el significado de “Evangelizar”.

### ***Yo estoy con ustedes:***

En el Evangelio de San Mateo en el capítulo 28 del verso 18 en adelante, Jesús nos hace la invitación a evangelizar en una manera muy especial: “Jesús se acercó y les habló así: «Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia.»”

Es interesante en la forma en la que Jesús nos pide el anunciar la Buena Nueva. Pero para que nosotros podamos comprender este mandato, tenemos, primero que nada, empezar a experimentar por nosotros mismos esta Nueva Buena en nuestras propias vidas.

Tenemos que saber que desde el momento en el que fuimos bautizados dentro de nuestra fe, estamos llamados a llevar el Evangelio de amor y redención a la humanidad. ¿Pero, cómo lo haremos? Pues envolviéndonos en todo lo que la Iglesia nos permite, de acuerdo con nuestras capacidades. Recuerda, no estoy diciendo de acuerdo con nuestras necesidades o de nuestra inteligencia, sino más bien de acuerdo con nuestros carismas y dones espirituales.

En la cita que mencionamos anteriormente, nos enfocaremos en algunos puntos muy importantes, para poder comprender el llamado a evangelizar. Empecemos por el primero: “Me ha sido dada toda autoridad en el Cielo y en la tierra...” Jesús siendo uno con el Padre (Jn 14:6-9), tiene autoridad sobre la Iglesia que se adhiere a él en un mismo espíritu, y en su autoridad, nos invita a evangelizar no solamente como un mandato por obligación, si no qué, con su propia experiencia, enseñándonos a llevar una vida recta, para por medio de nuestras vidas, podamos de la misma manera dar ejemplo de seres que viven a plenitud la experiencia de haber sido evangelizados. Ese mismo poder, Jesús nos lo da a nosotros, los que creemos verdaderamente en él y que nos dejamos envolver de su amor. Recordemos que su autoridad es obtenida por su relación con el Padre y su deseo absoluto de llevar la Buena Nueva a la humanidad, sacrificando su vida por amor al Padre y a cada uno de nosotros. Ese es su poder. El poder de amar como el Padre nos ama, demostrándonos que, si lo hacemos por amor y confiamos plenamente en su poder, obtendremos victoria.

Su poder no es autoritativo, aunque él pudiese hacerlo así. Bien pudiera Jesús haber tomado un látigo y a latigazo limpio, obligar a los apóstoles a evangelizar, infundiendo el miedo en sus corazones, para que ellos a su vez infundieran el miedo a los que iban a ser evangelizados, pero como nos dice la Escritura: “y sabrán todas estas gentes que Yahvé no necesita espada o lanza para dar la victoria, porque la suerte de la batalla está en sus manos.»” (1 Sam 17:47).

La segunda frase que estudiaremos es la siguiente: “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu

Santo” En la primera Jesús nos dice quién es él y su autoridad tanto en el Cielo como en la tierra, expresando su concordancia con lo que él mismo nos enseñó al rezar el Padre nuestro, “haciendo la voluntad de su Padre tanto en el Cielo como en la tierra” (Mt 6:10). En la siguiente parte, nos da su mandato, de hacer que “todos los pueblos” sean sus discípulos, pero la pregunta del siglo es ésta: ¿Cómo lo voy a hacer? Bueno esa es una pregunta es muy fácil de responder, ya que implica nuestro sincero deseo de hacer la voluntad del Padre. Ahora que es ahí en donde erradica nuestro problema. Nunca queremos hacer la voluntad del Padre cuando él nos pide que sacrifiquemos nuestras vidas, por su amor. No nos gusta la idea de salir y compartir con el vecino, en nuestros trabajos, en la escuela, y mucho menos queremos compartir la Buena nueva con nuestra propia familia.

Pensemos por un momento lo que Jesús hizo por cada uno de nosotros, al compartir su amor en una entrega total que lo llevó al madero. Así nos ama y así de esa manera se dio así mismo como último sacrificio para enseñarnos la forma en la que debemos de evangelizar, llevando su Palabra de amor y salvación y a su vez trayendo almas a sus pies.

Es necesario pues, que nos despojemos de todo nuestro interior y que rechacemos los miedos, los temores al fracaso y digo “al fracaso”, porque muchas veces pensamos que somos ineptos, que no sabemos hablar y que no tenemos sabiduría para poder compartir lo que Cristo ya hizo por nosotros en la Cruz del Calvario. Miremos por ejemplo a Moisés, él tenía preparación secular, digamos que llegó a estudiar en la universidad de Los Angeles (UCLA), estaba bien preparado para las cosas del mundo secular, pero cuando fue llamado por el Señor, todo lo que aprendió en la universidad, quedo hecho papilla, pues Dios no pedía de él sabiduría humana, más bien Su petición fue el de ir y rescatar al pueblo que vivía bajo la esclavitud en Egipto. Moisés le puso pretextos a Dios, diciéndole que él no podía hacer lo que le pedía, pues no era muy elocuente y que hasta tartamudeaba: “Moisés dijo a Yahvé: «Mira, Señor, que yo nunca he tenido facilidad para hablar, y no me ha ido mejor desde que hablas a tu servidor: mi boca y mi lengua no me obedecen.» Le respondió Yahvé: «¿Quién ha dado la boca al hombre? ¿Quién hace que uno hable y otro no? ¿Quién hace que uno vea y que el otro sea ciego o sordo? ¿No soy yo, Yahvé? Anda ya, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de hablar.» Pero él insistió: «Por favor, Señor, ¿por qué no mandas a otro?» Esta vez Yahvé se enojó con Moisés y le dijo: «¿No tienes a tu hermano Aarón, el levita? Bien sé yo que a él no le faltan las palabras. Y precisamente ha salido de viaje en busca tuya y, al verte, se alegrará mucho. Tú le hablarás y se lo enseñarás de memoria, y yo les enseñaré todo lo que han de hacer, pues estaré en tu boca cuando tú le hables, y en la suya cuando él lo transmita. Aarón hablará por ti igual que un profeta habla por su Dios, y tú, con este bastón en la mano, harás milagros.»” (Ex 4:10-17).

¿Cuántos pretextos le hemos puesto a Dios para no hacer su voluntad? Que otros prediquen, que otros sean los que evangelicen a mi familia, a mi comunidad. Además, es responsabilidad del sacerdote y de las monjas de hablar de Dios y nos quedamos siempre esperando a que nos atiendan y nos enojamos cuando el clero no hace como nosotros les pedimos, cuando no nos atiende el padre de la parroquia y es entonces que decidimos ir en búsqueda de otros lugares en los que supuestamente nos atenderán mejor. Jesús vino a servir

y no a ser servido nos dice su Palabra (Mc 10:45) y lo demostró a tal grado que su amor todavía persiste en medio de nosotros.

Debemos de compenetrarnos en su amor, experimentar su dolor, para poder comprender del por qué él nos pide que hagamos de todos los pueblos sus discípulos. No podemos traer almas a sus pies, cuando nosotros no hemos venido a él. Cuando sabemos de un vecino que se fue a la guerra, oramos para que todo le vaya bien, pero no sabemos en nuestra propia carne lo que la familia está atravesando al tener a ese hijo o padre en el frente de batalla. Si él muere, solamente decimos “pobrecito, dio su vida por amor a su país” y lo dejamos hasta ahí. No entendemos el dolor profundo que esta familia experimenta en este momento, hasta que eso sucede con nuestra propia familia. Es entonces que podemos comprender ese dolor al perder a nuestro ser querido. De la misma manera no podemos hacer que todos los pueblos sean discípulos del Señor cuando nosotros mismos no estamos viviendo ese discipulado.

Recordemos que no es el conocimiento de la letra, lo que nos forjará sabio, ni tampoco el ser un gran orador o que manejes bien el verbo, todo lo contrario, pues si tienes todos estos conocimientos humanos, pero no nos soltamos en la sabiduría del Señor, de nada nos servirá. Dios nos ha dado dones y carismas, lo dijimos anteriormente y cada uno de nosotros tiene uno en particular, ya sea este de hablador como yo, o que cantes (no como yo) o que se nos facilite escribir o pintar o que nos sintamos cómodos, moviendo una silla, tomando una escoba y ayudando a limpiar el Templo, etc. Todo esto debemos de ponerlo al servicio del Señor, pues la recompensa será grande, la vida eterna. “La verdadera enseñanza que trasmitimos es lo que vivimos; y somos buenos predicadores cuando ponemos en práctica lo que decimos” (San Francisco de Asís<sup>1</sup>).

Ahora moviéndonos al último párrafo de la lectura: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” Vaya, qué promesa tan especial nos hace Jesús. Él nunca nos dejará abandonados a nuestros propios destinos. Jesús que no tenía en donde recostar su cabeza (Lc 9:57), que caminó sólo en el desierto (Lc 4:1-13) y, que, en el momento de su aprensión, fue abandonado por todo el mundo especialmente los más allegados a él (Mt 26:56), nos promete que nunca nos dejará en las mismas condiciones en las que nosotros lo dejamos a él cuando no hacemos su voluntad y trabajamos solamente para satisfacer nuestros propios egos personales, para vanagloriarnos de lo que hacemos en la Iglesia y no necesariamente, para darle honor, honra y gloria a aquel que nunca nos abandona.

Ese es el Señor para nosotros, pero lo que debemos de preguntarnos en este momento es: ¿Soy yo verdaderamente para el Señor? o simplemente hago lo que hago sin estar consciente de su amor.

---

<sup>1</sup> Píldoras de Fe: “25 frases de San Francisco de Asís que mueven el corazón” Tomado de: <https://www.pildorasdefe.net/aprender/fe/15-frases-de-San-Francisco-de-Asis-La-numero-5-estremecera-tu-corazon>

Claro que hay que comprender que, en ocasiones, la vida rutinaria que llevamos, no nos permite servirle verdaderamente y a veces por cuestiones de compromisos seculares, no podemos experimentar la presencia de Jesús a nuestro lado. Especialmente cuando estamos viviendo una enfermedad, o un problema de violencia doméstica, nos preguntamos si en realidad esa promesa del Señor es verdaderamente real. Eso nos va hundiendo en nuestro interior y va ahogando lo mucho que queremos servirle. Pero es que no queremos profundizar en su promesa. Dios está constantemente ahí junto a nosotros, experimentando nuestro propio dolor y sufrimiento, derramando lágrimas por ti, y aun nosotros nos sentimos abandonados y en lugar de acercarnos a él, mejor buscamos todo tipo de experiencia exterior, en vicios como el alcohol, las drogas, las pasiones desordenadas, las infidelidades y hasta los golpes a nuestros seres queridos. No encontramos paz, porque nos sentimos abandonados por Dios. Lanzamos una mirada al Cielo y preguntamos: “Dios mío, por qué no me respondes, ¿es acaso que estás sordo?” A lo que Yahvé te responde: “¡No hijo, no estoy gordo!” Es que su mano está sosteniéndonos en cada tropiezo que damos. Es así, como nuestros hijos cuando empiezan a caminar: los tomamos fuerte de sus manitas y poco a poco los vamos soltando hasta que empiezan a dar pasos por ellos mismos, pero cuando tropiezan, vamos inmediatamente a levantarlos y a contemplarlos y ellos a su vez se sienten protegidos y su llanto dura solamente un instante, pues experimenta el amor de sus padres. Lo mismo es con el Señor, él es nuestro Padre que nunca nos abandona y “aunque nuestros pies tropiecen con piedra alguna, no debemos de temer, pues él está ahí para sostenernos” (Sal 91).

Leamos en la carta de San Pablo a los romanos: “¿Qué más podemos decir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? Si ni siquiera perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a dar con él todo lo demás? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso las pruebas, la aflicción, la persecución, el hambre, la falta de todo, los peligros o la espada? Pero no; en todo eso saldremos triunfadores gracias a Aquel que nos amó. Yo sé que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las fuerzas del universo, ni el presente ni el futuro, ni las fuerzas espirituales, ya sean del cielo o de los abismos, ni ninguna otra criatura podrán apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rom 8:31-37).

Dios en su Hijo Jesucristo, nunca nos abandonará en nuestro trabajo de evangelización y por muy duro que esto nos parezca, él siempre estará a nuestro lado, pues su promesa es justa, ya que él es justo.

Para que nosotros podamos comprender lo que el Señor nos promete, debemos de estar compenetrados en la lectura asidua de la Biblia, profundizando y reflexionando a plenitud todo lo que él hizo por cada uno de sus amados. En realidad, eso es la Biblia, especialmente cuando hablamos del Nuevo Testamento y más aún cuando nos enfocamos en la lectura de los Evangelios.

En ellos Jesús nos da una clara visión de lo que significa evangelizar, siendo obediente al Padre en todos los aspectos y aunque los cuatro Evangelios nos apunten a Jesús en diferente

manera, los cuatro nos invitan a adentrarnos en nuestra misión evangelizadora, proclamando su Palabra de amor, no solamente leyendo la Biblia, si no qué poniendo en acción lo que ahí leímos.

Recordemos que la palabra Evangelio, viene de la palabra griega “Euanglion” que significa “buenas noticias” y que tiene sus raíces en “ángel” y como todos sabemos ángel significa enviado o mensajero de Dios. Por lo tanto, si dividimos esta palabra griega en dos tenemos que “Eu” significa “Buena” “anglion” mensajero. Cuando la utilizamos en la lectura de la Biblia, esta palabra significa “Buenas nuevas del Señor Jesús” Por lo tanto al leer la Biblia, nos estamos comprometiendo con el Señor Jesús a ser mensajeros de la Buena Nueva que primero que nada ha transformado nuestras propias vidas, y por lo tanto con nuestra experiencia, proclamaremos el Evangelio de salvación a la humanidad.

También hay que hacer referencia a un punto bien importante que no se nos debe de olvidar: Jesús en los cuatro Evangelios, se entregó por amor hasta dar su propia vida como recompensa por el pago de nuestros pecados (Fil 2:6-11). Pedro también dio su vida por el Evangelio siendo crucificado de cabeza, pues no se sentía digno de morir como su Señor; Pablo mismo fue decapitado por causa del Evangelio; Esteban (Hc 7), quien murió apedreado por compartir la promesa de salvación. También podemos mencionar mártires modernos como: el Monseñor Romero, Obispo de El Salvador, quien dio su vida, por denunciar injusticias sociales: “Señores gobernantes, les pido, les ruego, les imploro, les ordeno que paren la violencia” ¿y cómo terminó? muerto. Martin Luther King quien luchó por los derechos de los afro americanos, manifestando por sus derechos en una manera pacífica, también terminó asesinado y así podemos mencionar a muchos otros que proclamando el Evangelio, experimentaron en carne propia lo que significa verdaderamente el anunciar la Buena Nueva, que leyeron en la Biblia y que sin más pusieron a trabajar, pues como nos dice Santiago en el capítulo 2 y verso 17: “Lo mismo ocurre con la fe: si no produce obras, muere solita”

¿Qué quiero decir con todo esto? Pues que el Evangelio que leemos en la Biblia es un Evangelio de acción y que esa acción nos llevará hasta el dar nuestra vida, con presiones, con implicaciones que serán duras de aceptar, pero que al final de cuentas, nos llevará a la vida eterna y como Pablo nos dice: “No creo haber conseguido ya la meta ni me considero un «perfecto», sino que prosigo mi carrera hasta conquistar, puesto que ya he sido conquistado por Cristo. No, hermanos, yo no me creo todavía calificado, pero para mí ahora sólo vale lo que está adelante, y olvidando lo que dejé atrás, corro hacia la meta, con los ojos puestos en el premio de la vocación celestial, quiero decir, de la llamada de Dios en Cristo Jesús. Nosotros tenemos nuestra patria en el cielo, y de allí esperamos al Salvador que tanto anhelamos, Cristo Jesús, el Señor. Pues él cambiará nuestro cuerpo miserable, usando esa fuerza con la que puede someter a sí el universo, y lo hará semejante a su propio cuerpo del que irradia su gloria” (Fil 3:13-20).

Qué bello es poder contar con la promesa del Señor, saber que él estará a nuestro lado y que una promesa más grande aun nos ha hecho, nuestra casa en el Cielo. Así como el cántico



hermoso que dice: “Más allá del sol, más allá del sol, yo tengo un hogar, hogar bello hogar, más allá del sol” Ah, pero esto será solamente para aquellos que verdaderamente vivan a plenitud lo que se lee en los Evangelios y no para los flojos, inmaduros y vividores (que esto lo sepa entender el lector), que solamente esperan que los demás hagan; que los demás trabajen y que sobre todo piensan que solamente con el criticar o señalar con el dedo, ya tiene merecida la gloria.

El Evangelio no se queda solamente en un sentir bonito y eso ya lo hemos repetido muchas veces, tampoco significa que tenemos que estar metidos todo el tiempo en el Templo y menos que nos dediquemos todo el día a rezar, todo lo contrario, sino hacemos realmente lo que en ese rezo Dios pide a nuestros corazones. La lírica de una canción secular dice: “Jesús es Verbo y no sustantivo” El Evangelio es acción y por eso nosotros debemos de ser acción y predicar la Buena Nueva primordialmente, en medio de nuestro hogar, en nuestra comunidad y sobre todo en medio de nuestra sociedad, velando por las injusticias sociales, tales como las leyes de inmigración que afectan a nuestros hermanos que se encuentran sin documentos; velar por el derecho a la vida, luchar por mejorar las condiciones de nuestros hermanos que se encuentran hundidos en la pobreza, luchado por sus derechos y no aprovechándonos de ellos; velando para que nuestros hijos prosperen en medio de una sociedad que les pinta un mudo fantasioso, haciéndoles caer en vicios mundanos; comprometiéndonos también a luchar en contra de las injusticias religiosas, que afectan a la Iglesia, empezando desde el clero, hasta el más pequeño del seglar, en medio de nuestra parroquia, en medio de nuestra Sede eclesiástica, velando al mismo tiempo por los intereses de los más afectados, demostrándoles con acción que sí, que tienen a Cristo a su lado. Eso es el ser parte integral del Evangelio del Señor. Él, lo demostró siendo el Verbo (Jn 1:1), ya que sus palabras se convirtieron en acción y en cada una de ellas, él nos pide que lo mismo hagamos nosotros, convirtiendo nuestro servicio en acción, es decir, en verbo que se conjuga en la humanidad.

Y sé que la siguiente pregunta es lógica: ¿y cómo lo lograremos? La respuesta también tiene mucha lógica: con oración (no rezos vanos y vagos), con ayuno (no tratando de perder peso), pero sobre todo con nuestra entrega total al Señor de la Gloria eterna. Perseverando aun en la persecución y sin miedo de dar nuestras vidas por amor a Dios y al prójimo.

Es tiempo que la Biblia y los Evangelios sean más que lecturas bonitas que nos hablan de Jesús. Es el momento en el que nosotros los renovados en el Espíritu Santo, tomemos posesión de nuestros puestos y que preparados en la Eucaristía, proclamemos con valentía a un Dios de amor que nos dio a su Hijo a morir por cada uno de nosotros (Jn 3:16), y que al resucitar de entre los muertos (Lc 24:1-7), nos da vida eterna. Pongámonos la armadura del Señor y proclamemos al mundo entero que Dios nos llama al arrepentimiento y a la conversión, espiritual, moral y social en medio de un mundo perdido por los vicios inculcados por hombres que llenos de odios y rencores y sobre todo llenos de soberbia, ambición y ansias de poder, llevan a la sociedad a la incertidumbre, a la pobreza, a la injusticia en contra de los más pobres y todo lo oscuro que esto acarrea.

No caigamos nosotros los renovados en los mismos vicios, más bien, seamos sobrios y presentémonos rectos ante el Señor. No busquemos y menos luchemos por puestos dentro de nuestra Iglesia. ¿Para qué? Eso nos lleva a la vanagloria y al despotismo, como sucede en medio de nuestras parroquias, que al pelear un puesto uno pone de cabeza al otro, peleándose como perros y gatos, demostrando que realmente lo que les interesa es tener su propia adoración y alabanza, como políticos que prometen y hasta matan a sus contrincantes, por ser mejores que ellos. Y aun así nos atrevemos a decir que somos renovados en el Espíritu de Dios.

Veamos también como caemos en esos vicios cuando dos grupos se pelean por la gente y hacen retiros o eventos de evangelización en las mismas fechas, tratando cada uno de tener la muchedumbre más grande. Eso no es el Evangelio. Por qué no nos unimos todos en el verdadero Espíritu y proclamemos juntos la Buena Nueva, trayendo almas a sus pies, usando todas las herramientas posibles para lograr llevar a cabo el mandato del Señor de “ir por todas las naciones y hacerlos sus discípulos” Porque es triste ver como la Iglesia aun en su renovación, está llena de discípulos como Judas que por ambición entregó al Señor y no contento con ello, se quitó la vida. Él caminó con Jesús y vio sus milagros, escuchó del Maestro enseñanzas profundas y más, sin embargo, ¿qué hizo? Lo entregó con un beso. Nosotros en la Iglesia actual hacemos lo mismo. Por obtener un puesto, por tener la mayor cantidad de gente, por quedar bien con los líderes, por querer un hueso, entregamos al hermano que verdaderamente evangeliza por amor al Señor sin importar consecuencias y cuando estas mismas suceden, entonces nuestras conciencias quedan manchadas, sucias por lo que hicimos y la mayoría, después de hacer el daño se alejan, no solamente del grupo, de la Iglesia, sino que de Dios.

Recordemos que evangelizar, es amar y si no amamos, nunca podremos llevar la Buena Nueva a la humanidad y mucho menos podremos hacer de los pueblos sus discípulos.

Jesús nos envía, sabiendo que hemos comprendido su Palabra, sus enseñanzas y que sus milagros los vivimos en lo más profundo de nuestro corazón. Pero la clave de todo es el de “estar unidos”, como comunidad (común unidad). Jesús esta unido al Padre y él a su vez al Espíritu Santo; los tres en una unidad hipostática. A los apóstoles los reunió en un mismo lugar y a todos les habló en conjunto, como a un grupo centrados con mismo ideal y no individualmente, por lo tanto, nosotros debemos de unirnos con el mismo ideal, para poder ser verdaderos mensajeros del poder de Dios, trayendo almas a Sus pies, amando y soportándonos unos a otros por amor, pues al final de cuentas eso es el poder de Dios: “el amor”. Como nos dice Pablo: **“El fin de nuestra predicación es el amor**, que procede de una mente limpia, de una conciencia recta y de una fe sincera” (1 Tim 1:5). Eso es lo que Dios quiere de nosotros.

El mensaje de Jesús fue revolucionario en su tiempo. Él hizo lo que el Padre le pedía y aunque en un momento de debilidad humana, deseó que ese cáliz amargo fuera apartado de él, prefirió mil veces hacer la Voluntad de Dios a su propio deseo carnal (Mc 14:35-36) Del mismo modo debe de ser nuestro servicio. Cuando dejamos a un lado todas nuestras

debilidades humanas y nos enfrascamos en el verdadero amor, haciendo nuestro trabajo por amor, es entonces que realmente haremos la voluntad del Padre.

Nunca me cansaré de repetirlo: “la voluntad del Padre es que lo amemos más que a nadie en la vida y que a su vez amemos al prójimo como a nosotros mismos” (Mc 12:28-31).

Por otro lado, tenemos que vivir en gracia, no una simple gracia, sino, en la gracia de Dios. Cuando a nosotros los carismáticos nos preguntan: “¿Cómo estás?” Nuestra respuesta por lo regular es: “¡Bendecido!” y aunque no sabemos por qué estamos bendecidos y ni siquiera sabemos su significado, nos gusta siempre responder de esa manera, como si eso fuera una señal para decirle a otro que se encuentra igual que nosotros, que vivimos de acuerdo con el plan perfecto de amor del Padre en nuestras vidas. La realidad es muy diferente, pues para vivir en verdadera gracia de Abbá papito, hay que separarnos de las fantasías que el mundo nos ofrece en términos materiales. Veamos por ejemplo a nuestra Madre María; Ella sí que vivió realmente en la gracia ante los ojos del Señor. Siempre en constante oración; todo el tiempo colaborando con sus padres en todos los deberes, tanto del Templo como del hogar. Eso la hizo “llena de gracia” (Lc 1:28) y ser saludada: “Bendita entre las mujeres” (Lc 1:42) por su prima Isabel, a la que después de saber que había quedado en cinta, fue a brindar su ayuda. Ahora poniendo este ejemplo en cada una de nuestras vidas, esto vendría a ser de esta manera: María, después de tener ese encuentro personal con el Señor, se puso a su servicio, sirviendo a los demás. Nosotros los servidores, debemos de recordar el momento en el que tuvimos ese encuentro con el Señor y de esa manera ponernos a su servicio, sirviendo a los demás. A María no le interesó que le fueran a creer o no y arriesgando su vida compartió el poder de Dios con los demás. ¿Por qué nosotros los que nos decimos “bendecidos” no hacemos lo mismo? ¿Cuál es nuestro miedo? ¿Qué es nuestro temor? ¿Miedo a que nos señalen? María dijo: “Hágase en mí su voluntad” (Lc 1:38). Como Jesús, María lo dijo. Y nosotros ¿podremos decir cómo ellos? “Soy la servidora del Señor, hágase en mí su voluntad” Cuando vivamos esa gracia, entonces podremos con seguridad afirmar que somos bendecidos, pues Cristo nos salvó.

Que Dios Padre nos ayude a ser mejores evangelizadores y proclamadores de la Buena Nueva, para que el mundo crea que verdaderamente existe un Dios de poder, que nos ama y que desea su salvación. Amén

Para terminar esta clase quiero que reflexionemos sobre esta simple pregunta: ¿De qué me sirve leer la Biblia y conocer la sabiduría del Señor, si no pongo en acción lo que allí leo?

### ***La cosecha está lista:***

En el Evangelio de San Juan 4:34-38 leemos: “Jesús les dijo: «Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra». Ustedes han dicho: «Dentro de cuatro meses será tiempo de cosechar». ¿No es verdad? Pues bien, yo les digo: Levanten la vista y miren los campos: ya están amarillentos para la siega. Yo los he enviado a ustedes a cosechar donde otros han trabajado y sufrido. Otros se han fatigado y ustedes han retomado de su trabajo”

Que tremendo ha de haber sido el escuchar la voz de Cristo que hablaba a los corazones de sus Apóstoles. Como me hubiere gustado el poder estar allí, junto a él y con atención experimentar sus palabras penetrando mi interior. Claro, esto lo puedo hacer por fe al leer las Escrituras. Su voz sigue sonando aún más fuerte el día de hoy, de lo que pudiese haberse escuchado en sus tiempos, con todos los medios disponibles de comunicación masiva, que nos permiten no solamente oír, sino que también nos permite ver lo que Jesús nos habla a nuestros corazones. Ahora qué... lo más hermoso es que cada uno de nosotros estamos aquí en este momento, en este tiempo, con todas las posibilidades de escuchar y de poner en práctica lo escuchado.

En esta cita, podemos descubrir en cada expresión de Jesús, lo importante de ser evangelizadores, con ojos abiertos a todo nuestro alrededor, atentos a las circunstancias y sobre todo saber que nuestro trabajo es la continuación de lo que otros han empezado sabiendo que otros vendrán después de nosotros, para continuar con el Evangelio, hasta la venida gloriosa de Jesús a levantar a su pueblo.

Primero que nada vemos la primera expresión del Señor: “**Mi alimento** es hacer la **voluntad** de aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra” Jesús habla claramente de su misión. Hacer la voluntad del Padre y convertirla en nuestro alimento es nuestra propia misión. Cuando estamos con hambre, y pasamos mucho tiempo sin comer, nos entra la desesperación y las tripas nos empiezan a tronar y no deseamos más que tener algo para comer. Inclusive, en ese momento podemos comer hasta lo que no nos gusta. De la misma forma debemos de tener hambre de hacer la voluntad del Todo Poderoso, con el mismo ímpetu con el que nos comemos ese burrito de costilla, o esos tacos de papa, o esas pupusas o esas... (Ya me dio hambre)

No podemos nosotros los que servimos a Jesús vivir como glotones de todo lo que nos aparta de su voluntad (eso es pecado). En el Evangelio de San Mateo, capítulo 5 y verso 3, Jesús nos habla de que tenemos que tener un “espíritu de pobre, porque de ellos es el reino de los Cielos” Cuando él se expresa con esta bienaventuranza, nos está diciendo que todo aquel que desea acercarse a él, debe de despojarse de sí mismo y de todo lo que trae en su corazón, para poder verdaderamente hacer su voluntad.

Ahora que, debemos de reflexionar sobre el significado de hacer su voluntad, porque no podemos llegar a hacer su voluntad, sino comprendemos qué es esa voluntad. En el Evangelio de San Juan capítulo 6 y versículo 38 y 39 Jesús nos dice al respecto: “Porque yo he bajado

del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y su voluntad es que yo no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día” En el diccionario encontramos que “voluntad” significa: “Facultad de los seres racionales de gobernar libre y conscientemente sus actos” Es decir qué, cuando decidimos hacer la voluntad del Padre, vamos a dejar que realmente se haga de acuerdo con lo que él quiere y no necesariamente lo que nosotros queremos. Eso significa que tenemos que someternos a él en todas las áreas de nuestra existencia, entregando hasta nuestras propias vidas por amor, obedeciendo en todos los aspectos de su llamado en nuestras vidas.

Jesús lo hizo así, él verdaderamente hizo la voluntad de Dios y... “siendo de condición divina, no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo a nada, tomando la condición de servidor, y se hizo semejante a los hombres. Y encontrándose en la condición humana se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte en una cruz. Por eso Dios lo engrandeció y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y entre los muertos y toda lengua proclame que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre”( Fil 2:6-11).

A veces deseamos que la voluntad de Dios fuera de acuerdo con nuestra conveniencia e inclusive, tratamos en nuestra oración manipular a Dios con promesas vanas, vagas y absurdas, que nos separan realmente de lo que es su amor. Veamos por ejemplo a hermanos que son encargados de grupos o ministerios, que viven como el antiguo programan de Raúl Velasco, “Siempre lo mismo” y nunca cambian y aunque se les trate de dar concejo sobre cómo mejorar el día de la reunión, ellos nunca están de acuerdo y lo que más les gusta es la comodidad haciendo solamente lo que les conviene, tratando mal a los hermanos que con amor colaboran con la obra y lo peor de todo es que todo según ellos lo hacen en el nombre de Dios. ¿Es esa, la voluntad del Padre? No lo creo y por más que estos hermanos se esfuercen, el ministerio nunca crecerá por su apatía, orgullo y vanagloria al pensar que son ellos los que por sus propias fuerzas hacen o realizan las obras de Dios.

Prácticamente todo lo que hacemos como líderes, encargados o responsables de un ministerio, debería de ser alimento para nuestras vidas. Yo recuerdo claramente que cuando el Señor me hizo el llamado a su servicio, nunca pensaba que un día estuviera escribiendo un libro para servidores y menos que estuviera predicando a distintos lugares a donde me ha llevado el Señor. Pero no todo ha sido fácil, hemos sufrido desde el principio, con persecuciones, insultos y chismes, con falsos y humillaciones. Hemos derramado lágrimas y hasta hemos deseado tirar la toalla en los momentos más duros. Pero en los 39 años que llevo en su camino, no me arrepiento de ser su siervo y aunque en lapsos me sienta como en el desierto; cansado, hambriento, sediento y ciertamente abandonado, no me importa pues lo importante para mí es agradar al Señor de día y de noche.

En todos esos años he dedicado mucho tiempo al servicio, y aunque en momentos he pensado que pude haber estudiado para tener preparación secular y de esa manera tener un mejor trabajo con mucho dinero o vivir en una mejor casa, con un mejor carro, no me arrepiento de haber entregado mi vida a su servicio desde joven y quiero agregar, que aunque

no tenga un título secular, si poseo el título más importante; el de ser, hijo de Dios. ¡Aleluya, gloria a Dios!

Les comparto todo esto no para aburrirlos, sino para decirles que todos los años que, como responsable de Pan de Vida, he ido madurando en el servicio que le doy al Señor. Al principio no entendía que pasaba y menos comprendía el llamado pues no tenía conocimiento total de la Biblia o del Magisterio de nuestra bendita Iglesia Católica, pues en ese tiempo solamente teníamos como un año y medio de estar asistiendo a un grupo de oración en el cual me daban la oportunidad de compartir su Palabra. Aun así experimentaba el fuego que ardía en mi corazón y empecé a trabajar arduamente en el ministerio. Recuerdo que el llamado lo escuché en mi corazón tres veces. Las primeras dos me decía a mí mismo que estaba loco y que estaba escuchando cosas, más sin embargo, la tercera vez fue una voz más contundente, que hizo estremecer todo mi interior. Compartí con mi esposa que dedicaba (todavía lo hace) su vida a agradar al Señor con ayunos y oración y ella me animó aceptar el llamado de Dios en mi vida. Hice unos volantes a mano pues no contaba con computadora y recorrí todo el barrio por donde vivía, por apartamentos tocando de puerta en puerta, caminando por los parques, invitando a todo el mundo a venir al grupo de oración que empezaríamos un viernes de marzo hace ya 16 años.

El día llegó de abrir el grupo que nuestro párroco autorizó (que en paz descanse nuestro querido Padre Krauss) Esa noche recuerdo muy bien no vino ni una sola alma y por tres meses corridos solamente mi esposa, mi hijo y yo, compartíamos la Palabra, cantábamos y orábamos, pero al tercer mes le dije al Señor que si para el próximo viernes no nos traía a alguien más, ya no seguiríamos, pues eso era la señal de que si estaba verdaderamente loco y que nunca había escuchado su invitación a iniciar un grupo de oración. Cuál fue nuestra sorpresa que para el viernes siguiente nos llegó una hermana (que en paz descanse) Cuando llegó, yo estaba muy arrepentido no porque llegó una hermana, sino más bien porque no le pedí que me llenara el salón.

Así empezó nuestro ministerio. Ahora que lo más importante de toda esta historia es que al principio nos dimos cuenta de que Dios verdaderamente estaba con nosotros y empezamos con poder a hacer retiros y eventos, en los cuales recibimos mucha bendición del Todo Poderoso. Pero a pesar de sus bendiciones, yo empecé a enorgullecerme y a crearme superior a todos los otros hermanos que servían en el ministerio y comencé a hacerme duro y cuando las cosas no iban de acuerdo con lo que ya se había planeado, hasta los pelos de la cabeza se me paraban y el hígado me comenzaba a doler. Todo lo quería a la perfección y no dejaba que una mosca pasara, sin que me avisara que iba por ahí. Total que el grupo creció en cantidad, pero no en calidad, pues siempre lo mismo, nunca me gustaba delegar responsabilidades y todo lo quería hacer yo, desde abrir el salón, hasta poner las sillas y dar la bienvenida. Yo predicaba, oraba y llevaba de la mano todo el show, hasta que me enfermé con depresión a tal grado que ya no quería asistir a las reuniones y como no asistía, las cosas no se hacían, pues todos dependían de mí, y no necesariamente de Dios.

Una noche en oración le pedí a Dios discernimiento para poder dirigir el grupo y la voz de Dios no se hizo esperar. “Delega responsabilidades” me dijo claramente, a lo que yo respondí: “Pero si lo hago, entonces no se harán bien las cosas”. “Es que no eres tú, sino que Soy Yo” En ese momento comprendí que a pesar de su bendición, de su paciencia y de su amor, las cosas no caminaban de acuerdo con su plan perfecto, sino de acuerdo con lo que yo creía que él las quería.

Empecé a delegar hasta el punto en el que Dios permitió que nuestro ministerio se dividiera en dos: Grupo de oración los viernes y escuela de crecimiento los miércoles. Comprendí que menos era más para la gloria de Dios y desde ese momento empezó mi cambio. Ya no fue lo que yo pretendía, sino lo que era y sigue siendo la voluntad de Dios.

Hoy sigo hambriento por hacer su voluntad y esa es mi vida. Miro hacia atrás, a todos esos años que dediqué desde mi juventud y le doy gracias a Dios por su amor eterno y por el llamado que él hizo a mi persona a ser el burrito que lo lleva de lugar en lugar, demostrando con mi testimonio que verdaderamente Cristo Jesús vive en mí.

De la misma manera todos nosotros debemos de entregar nuestras vidas, sin importar consecuencias que ello nos pueda acarrear. Miremos a Pablo por ejemplo él decía: “Nos preocupamos en toda circunstancia de no dar a otro ningún pretexto para criticar nuestra misión; al contrario, de mil maneras demostramos ser auténticos ministros de Dios que lo soportan todo: las persecuciones, las privaciones, las angustias, los azotes, las detenciones, las oposiciones violentas, las fatigas, las noches sin dormir y los días sin comer. Se ve en nosotros pureza de vida, conocimiento, espíritu abierto y bondad, con la actuación del Espíritu Santo y el amor sincero, con las palabras de verdad y con la fuerza de Dios, con las armas de la justicia, tanto para atacar como para defendernos. Unas veces nos honran y otras nos insultan; recibimos tanto críticas como alabanzas; pasamos por mentirosos, aunque decimos la verdad; por desconocidos, aunque nos conocen. Nos dan por muertos, pero vivimos; se suceden los castigos, pero no somos ajusticiados; nos tocan mil penas, y permanecemos alegres. Somos pobres, y enriquecemos a muchos, no tenemos nada, y lo poseemos todo” (2 Cor 6:3-10).

Cristo tocó mi vida de una manera muy profunda y en su amor y misericordia (sin quitar su paciencia), ha trabajado en mí y aunque quizás no le he correspondido de acuerdo con lo que él se merece, lo que hago lo hago porque en realidad lo amo. Aun después de ser perseguido inclusive por sacerdotes que como dicen en mi país: “Ni cosechan ni dejan cosechar”, han querido terminar mi labor. Por hermanos envidiosos que sin trabajar quieren tener lo que nosotros poseemos con esfuerzo y sacrificio y por miembros de la comunidad que no ven más que sus propios intereses personales, vistiéndose de ovejas cuando son lobos que quieren acabar con la evangelización, llevando chismes e inventando falsos con tal de adquirir un puesto a costa del dolor y sufrimiento de aquel que en realidad ha sido capacitado para el mismo. Claro, esto no es una quejabanza, todo lo contrario. Le doy gloria honor y honra al Señor por su inmensa misericordia y por haberse fijado en mí para el Evangelio. Pero lo comparto también, para que nos demos cuenta de que el cosechar no es cosa sencilla y

quizá es allí en donde muchos fallamos. Veamos por ejemplo, a todos los que asisten a retiros de iniciación. ¿Cuántos de ellos realmente prosiguen su camino? No muchos y cada día, cada semana, cada mes y cada año se van retirando uno tras uno, inclusive aquel que un día nos invitó a venir a la comunidad, ya no viene porque se le terminó el gas y en vez de llenar el tanque prefirió mejor estacionar su corazón y olvidarse de lo duro que es estar en el campo.

Debemos todos y cada uno de nosotros los servidores, estar hambrientos por hacer la Voluntad de aquel nos envía a cosechar. Debemos de alimentarnos de su amor y su palabra, para que de esa manera podamos estar listos para la cosecha.

Veamos ahora la segunda parte del Evangelio: “Ustedes han dicho: «Dentro de cuatro meses será tiempo de cosechar». ¿No es verdad? Pues bien, yo les digo: Levanten la vista y miren los campos: ya están amarillentos para la siega. Yo los he enviado a ustedes a cosechar donde otros han trabajado y sufrido. Otros se han fatigado y ustedes han retomado de su trabajo”

Nuestro sentido común es darnos cuenta de todo cuanto acontece a nuestro alrededor. Vemos cuan mal está el mundo y cuanta falta hace transmitir palabras de aliento a la humanidad. Pero no hacemos nada. Nos damos cuenta de que la siega está lista y más sin embargo nos hacemos los locos y no queremos colaborar con la obra misionera. Vemos esos campos listos para segar y nuestro deseo es el de estar mejor en la playa mientras otros hacen lo que nosotros deberíamos de hacer. Lo que pasa es que solamente buscamos la comodidad y no queremos forzarnos a un trabajo que dé ante mano sabemos que es pesado. Y sí, es cierto, es pesado ir al campo a la pizca y todos aquellos que en momento particular de sus vidas lo hicieron, saben perfectamente lo que eso significa y posiblemente por tener ese conocimiento, no quieren hacerlo.

Es interesante saber que Jesús envió a sus Apóstoles a los que enseñaba con ejemplos de campesino y no necesariamente con ejemplos del mar. Al Señor le interesaba solamente aquellos hombres que desafiaban los elementos, para conseguir el alimento en sus mesas; hombres con agallas para afrontar las dificultades del mar, quienes de día en día, muy temprano se levantaban en búsqueda del sustento, sin un rumbo fijo pues en el mar no hay camino trazado, exponiendo sus vidas en cada viaje, trabajando arduo y en varias ocasiones, regresaban con poco o nada del trabajo realizado. Pero esto no los desanimaba y a la mañana siguiente muy temprano iban de vuelta con más ímpetu y con enjundia, sin quejarse, más con un deseo absoluto de encontrar el alimento deseado hasta encontrarlo.

Un sembrador, por otra parte, tiene el camino trazado, inclusive el mismo caballo con el que va a la siembra, lo puede llevar y traer aunque él venga durmiendo pues el caballo ya conoce el camino. Por eso Jesús escogió pescadores para levantar lo que otros ya habían sembrado.

Dios nos ha escogido a cada uno de nosotros no como sembradores, sino más bien, para ser cosechadores con mentalidad de pescador, para afrontar nuestro trabajo con el anhelo



de recoger la mejor cosecha, la cual es abundante. Y aunque pasen los días, como pescadores no desanimarnos porque las cosas no caminan como nosotros quisiéramos y con valentía levantarnos un nuevo día, para disponernos a sus órdenes.

Recordemos que otros antes que nosotros sufrieron sembrando la semilla, trillando el campo, con dolor, con sudor y sufrimiento. Nosotros solamente nos toca lo más fácil que es el de levantar la siembra. Ahora que debemos pensar que al cosechar tenemos que volver a sembrar, para que las generaciones futuras, tengan cosecha lista para segar y así sucesivamente hasta la venida gloriosa de Jesús.

La recompensa será la misma que la que le corresponde a los que empezaron antes y la misma de los que terminarán después de nosotros. “El segador ya recibe **su paga** y junta el grano para **la vida eterna**, y con esto el sembrador también participa en la alegría del segador. Aquí vale el dicho: Uno es el que siembra y otro el que cosecha. Yo los he enviado a ustedes a cosechar donde otros han trabajado y sufrido. Otros se han fatigado y ustedes han retomado de su trabajo” (Jn 4:36-38).

A todos se nos dará el mismo pago. Claro que con esto no estamos diciendo que al que no trabajó, se le dará el mismo pago. ¡Eso no! Solamente para aquellos que dándose cuenta de que la cosecha estaba lista, decidieron trabajar arduo. Para todos ellos la vida eterna y para los que no, todavía hay tiempo, de lo contrario al lago de fuego en donde está el crujir de dientes.

¿Quién de entre nosotros puede afirmar con certeza, que verdaderamente se está trabajando en la siega? ¿Habrá alguien por ahí que diga: “El trabajo es muy pesado y por lo tanto que otro lo haga”? En mi trabajo secular hay un muchacho, que viene de un lugar rural en el estado de Tlaxcala, México y me comentaba que a los caballos nunca se les deja estar a la sombra mientras han estado trabajando bajo el sol todo el día, pues si se hace así, entonces el caballo pierde fuerza y se vuelve flojo y ya no hace su función como es debido. A esto él le llama: “asolear el caballo”. Nosotros somos como el caballo asoleado, cuando empezamos nuestra tarea y a eso del medio día queremos descansar mientras otros trabajan; Nos asoleamos y cuando queremos retomar nuevamente el ritmo, se nos hace muy difícil y por lo tanto mejor dejamos de hacerlo de una vez por todas.

Jesús nunca dijo que ir al campo iba a ser fácil. “El que no carga su cruz y no viene detrás de mí, no es digno de mí” (Mt 10:38). ¡Que hermoso! No podemos ser flojos en el servicio, no podemos dejar de hacer lo que tenemos que hacer, por hacer otras cosas que nos van apartando del campo.

Cuanto más trabajamos, mejor servimos. Alguien que tiene diez años trabajando en una fábrica de partes de autos, tiene mejor experiencia que uno que se acaba de graduar en automotriz. ¿Por qué? Pues “la práctica hace al monje” dice un refrán por ahí. ¿A nuestro parecer quién se merece el mejor sueldo? ¿El que tiene la costumbre de hacer el trabajo o el que acaba de salir de la escuela? El de la experiencia por supuesto, ya que él ha sido práctica,

mientras que el graduado simplemente teoriza. Del mismo modo nosotros tenemos que ser constantes en nuestras labores recogiendo la siembra, para que el día de mañana cuando ya nos toque partir, estemos seguros de que nuestra paga será la vida eterna.

Por otro lado no debemos de sentirnos desanimados por ver que otros no trabajan tan duro como nosotros. Al contrario, eso hermanos de mi corazón, nos tiene que servir de ánimo para servir mejor y mostrar a los que son flojos, que nosotros le servimos al verdadero Dios y no al dios que ellos se han creado a sus conveniencias.

Claro que no somos súper humanos que actuamos como máquinas programadas para el arduo trabajo (aunque la sociedad en la que nos involucramos, nos ha programado como el famoso "Terminador", para matar a cuanto se nos ponga en el camino) No hermanos de mi corazón, somos creación de Dios, hechos a su imagen y semejanza en el espíritu, pero por nuestra herencia pecaminosa, somos débiles, con limitaciones y que de vez en cuando necesitamos un descanso (no hablo de retirarse para no hacer más), que nos dará fuerzas para seguir con alegría en el campo, pizcando para la gloria del Dios. Ahora, que lo bello de todo, es que nosotros los que verdaderamente estamos en servicio, podemos descansar en los brazos del Señor, ya que él mismo nos dice: "Carguen con mi yugo y aprendan de mí que soy paciente y humilde de corazón, y sus almas encontrarán descanso, pues mi yugo es suave y mi carga liviana" (Mt 11:29-30).

Eso me anima a mí a seguir adelante, aun en los momentos en los que he deseado dejar el camino. Cuando he dicho: "Hasta aquí llegó el tren" Es entonces cuando tomo mi tiempo para reflexionar y platicar con Abbá papito, para pedirle fuerzas, para continuar en su camino, siempre animado esperando el día de su venida en gloria para levantarme a la Patria celestial. En ese día podré con certeza decir como Pablo: "No creo haber conseguido ya la meta ni me considero un perfecto, sino que prosigo mi carrera hasta conquistarlo, puesto que ya he sido conquistado por Cristo. No, hermanos, yo no me creo todavía calificado, pero para mí ahora sólo vale lo que está adelante; y olvidando lo que dejé atrás, corro hacia la meta, con los ojos puestos en el premio de la vocación celestial, quiero decir, de la llamada de Dios en Cristo Jesús" (Fil 3:12). ¡Aleluya, Gloria a Dios!

Por eso hermanos, debemos de mantenernos firmes y atentos a las señales de los tiempos y dedicar nuestras vidas a cosechar almas para el Señor. Nunca debemos de tener un pensamiento de inmadurez, al creer que por no tener el conocimiento teórico del Señor, no podemos hacer el trabajo de acuerdo con su plan. Ni tampoco debemos de sentir que no necesitamos de capacitación para desempeñar mejor la labor. No se trata de sabiduría o de intelecto humano, más bien de abrirnos a él. Así de simple. Lo más importante es estar dispuesto a servir y de dejar que sea el Espíritu Santo el que nos guie por el camino, asentando nuestros pensamientos en todo aquello que nos servirá para ir mejorando día a día.

Pedro no tuvo estudio secular y más sin embargo llegó a ser nuestro primer líder espiritual. Él, aunque caminó con Jesús por tres años, nunca comprendió el mensaje del Señor a totalidad, hasta el día del Pentecostés. En ese día Pedro y los otros apóstoles cosecharon 3

mil almas a los pies de Cristo. Por tres años Jesús fue sembrando en sus corazones, con amor y sacrificio. El resultado fue una buena cosecha. Nosotros también dejemos que ese Pentecostés se haga realidad en nuestras propias vidas. Dejemos que lo que Jesús ha sembrado en nuestros corazones se haga cosecha en la viña del Señor. Dejemos que Su Espíritu de amor nos toque y de esa manera podamos comprender lo que Dios quiere en nuestras propias vidas y de ese modo saber a plenitud lo que el Mesías quiere de nosotros para la humanidad.

El campo es amplio y no solamente es alrededor de tu parroquia. Si bien es cierto que nuestro primer trabajo es nuestro hogar y luego nuestra comunidad, es necesario que lo próximo sea nuestra Diócesis y después la Iglesia alrededor nuestro lugar de origen y más adelante el mundo entero. No podemos conformarnos con simplemente llegar hasta donde nos encontramos actualmente. La siega está lista y no necesariamente nuestro propio campo. ¿Qué, acaso no vemos las señales de los tiempos? Miremos a nuestro alrededor y nos daremos cuenta de las necesidades que existen. Echemos un vistazo por ejemplo, a los desamparados, a los niños abusados, a las violencias domésticas, a las jóvenes y mujeres adultas que día con día van como ciegas a las clínicas aborto para terminar con su embarazo no deseado, a los presos que viven no solamente encerrados detrás de las barras de metal, sino que también encarcelados interiormente de sus vicios, que poco a poco los van asesinando; a los viejitos que son abandonados por hijos sin escrúpulos que no tienen conciencia y que solamente desean exprimirlos, para ellos vivir holgadamente, etc. Veamos sin ir muy lejos, en nuestro propio hogar. ¿Cómo vivimos en nuestro hogar? No podemos ser hipócritas y tratar de cosechar en la calle, olvidando nuestra propia familia. Candil de la calle y oscuridad de la casa. Porque para eso sí que somos buenos; para denunciar a otros, para iluminar los errores de los demás, para eso sí que somos buenas lámparas, siempre atentos a lo que los hermanos hacen o no hace, pero somos incapaces de ver nuestros propios deslices. Cuando se nos pierde una moneda de diez centavos, vamos y la buscamos en donde hay luz, aunque esta se nos hubiese perdido en la oscuridad. Es ilógico ¿no les parece? Pues eso es lo que hacemos constantemente al no ver con claridad las señales de los tiempos.

Si solamente estamos de pasada en esta vida, si solo nos la pasamos pajareando en cosas que nos apartan del Señor, nunca podremos realmente compartir de sus bendiciones. Nuestras vidas deben de ser un testimonio claro, limpios de las inmundicias que nos rodean, siendo transparentes, sin engaños, sin mentiras y sobre todo con la esperanza que al hacer nuestro trabajo con honestidad, veremos entonces con claridad, lo que Dios tiene para nosotros. Debemos recordar lo que el Salmo nos dice: “El de manos limpias y de puro corazón, el que no pone su alma en cosas vanas ni jura con engaño. **Ese obtendrá la bendición del Señor** y la aprobación de Dios, su salvador” (Sal 24:4).

Tampoco podemos ni mucho menos debemos de hacer las cosas a medias. Imaginemos a Jesús hacer su ministerio a medias. Si en la Cruz del Calvario él se hubiese bajado por sentirse cansado o con mucho dolor (porque si lo pudo haber hecho pues es Dios) ¿Qué sería de nosotros en estos momentos? No predicaríamos. Seríamos quizás ateos o musulmanes o algo por el estilo. Posiblemente alguno entre nosotros no estuviese aquí (en donde quiera

que estemos), mientras que alguien más ya se hubiese quitado la vida, pues no habría nadie que le hablara de Jesús. El Señor cumplió su misión a su totalidad, desde el Anuncio a la Virgen María, hasta su Pasión, su Muerte y Resurrección y aun así después de haber resucitado, no dejó a los Apóstoles solos, sino que por cincuenta días más, estuvo con ellos instruyéndolos y preparándoles en todo aquello que les serviría para la misión que ellos tendrían por delante. En nuestro tiempo tampoco estamos solos, el Espíritu consolador está con nosotros y con sus fuerzas podremos alcanzar la meta final o puesto en términos agrícolas, hasta que el último grano sea levantado.

Todo lo haremos por supuesto de acuerdo con el plan perfecto de Dios para nuestras vidas y por amor (no al padrecito, no al líder, no al ministerio) a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos y sobre todo, de acuerdo con el don (carisma) que Dios nos ha regalado. Como Pablo nos dice: “Miren cuántas partes tiene nuestro cuerpo, y es uno, aunque las varias partes no desempeñan la misma función. Así también nosotros formamos un solo cuerpo en Cristo. Dependemos unos de otros y tenemos capacidades diferentes según el don que hemos recibido. Si eres profeta, transmite las luces que te son entregadas; si eres diácono, cumple tu misión; si eres maestro, enseña; Si eres predicador, sé capaz de animar a los demás; si te corresponde la asistencia, da con la mano abierta; si eres dirigente, actúa con dedicación; si ayudas a los que sufren, muéstrate sonriente” (Rom 12:4-8)

### ***Dios protege al que confía en él:***

El Salmo que más me encanta es el 91 y dice así: “Tú que habitas al amparo del Altísimo y resides a la sombra del Omnipotente, dile al Señor: Mi amparo, mi refugio, mi Dios, en quien yo pongo mi confianza. Él te libraré del lazo del cazador y del azote de la desgracia; te cubrirá con sus plumas y hallarás bajo sus alas un refugio. No temerás los miedos de la noche ni la flecha disparada de día, ni la peste que avanza en las tinieblas, ni la plaga que azota a pleno sol. Aunque caigan mil hombres a tu lado y diez mil, a tu derecha, tú estarás fuera de peligro: su lealtad será tu escudo y armadura. Basta que mires con tus ojos y verás cómo se le paga al impío. Pero tú dices: Mi amparo es el Señor, tú has hecho del Altísimo tu asilo. La desgracia no te alcanzará ni la plaga se acercará a tu tienda: pues a los ángeles les ha ordenado que te escolten en todos tus caminos. **En sus manos te habrán de sostener para que no tropiece tu pie en alguna piedra;** andarás sobre víboras y leones y pisarás cachorros y dragones. Pues a mí se acogió, lo libraré, lo protegeré, pues mi Nombre conoció. **Si me invoca, yo le responderé,** y en la angustia estaré junto a él, lo salvaré, le rendiré honores. Alargaré sus días como lo desea y haré que pueda ver mi salvación”

En este Salmo podemos encontrar el consuelo para nuestras almas afligidas, que aun que servimos al Todo poderoso, se encuentran en momentos de debilidad y persecución. Cuando no sabemos exactamente lo que nos sucede y nos preguntamos: “¿Por qué la vida me trata tan mal? Si yo soy bueno, si no hago mal a nadie, si trabajo duro y mantengo a mi familia, si yo doy siempre mi diezmo, especialmente a Pan de Vida y aun así me va tan mal. ¿Es qué Dios me está castigando por algo que hice?”

¿Cuántas veces no nos hemos hecho este tipo de preguntas y no encontramos una respuesta lógica? Hay tantos que se pierden por buscar un sentido a la vida y han tratado de dar una respuesta buscando cómo satisfacer la necesidad que se lleva por dentro. Hay personas que viven en completa oscuridad y tratan de prender una vela, que se desvanece rápidamente, pues no saben cómo mantenerla prendida y al apagárseles, prenden otra y otra y otra, convirtiéndose todo ello en una rutina o en un círculo vicioso que solamente da vueltas y vueltas en el mismo punto y aunque se tiene luz temporal, siempre se queda en la misma oscuridad pues no se le encuentra el sentido al vacío en el que se vive.

Nuestras vidas siempre andan en búsqueda de satisfacción mayormente exterior y para tal no nos importa vivir con tinieblas en nuestro interior, aun conociendo al que es la Luz real y total. Hoy en día buscamos a quienes nos lean las cartas, el café y todo tipo de amuleto que nos presenten con energía cósmica o mística, la compramos y los adoramos como si eso realmente nos fuera ayudar en nuestros problemas y cuando nada de eso funciona, no culpamos a los amuletos y ni siquiera a los que con engaños de prosperidad nos lo vendieron, más bien, reclamamos a Dios de nuestros fracasos y de nuestros errores. Qué divertido es todo esto (permite que me ría por un momento)

Cuántos de entre nosotros no hemos visitado en alguna ocasión al curandero, o al brujo, para que nos pase la ruda o unos huevos o nos fume un puro en la cara; o vamos en búsqueda

de saber lo que nuestro futuro nos depara, y al final de cuentas terminamos exactamente en el mismo vacío con el que venimos y como todo, la insatisfacción continua dentro de nuestro ser.

Cierto día, un hombre caminaba a las orillas de un barranco, contemplado su profundidad y pensando qué sería del pobre que se cayera en el mismo. Cuando de repente, él mismo cayó y deslizándose al vacío, pudo sostenerse de una rama que salía en el medio de la pendiente. Como pudo se logró sostener de la misma y dándose cuenta de que no podía subir pues había caído ya varios metros y sin poder soltarse pues todavía le faltaba mucho para el fondo, empezó gritar por ayuda y decía: “¡Hay alguien que me ayude por allí!” Nadie le ponía atención. En eso después de un largo rato gritando, se aparece el Señor Jesús e inclinándose hacia él le pregunta: “¿Quieres que te salve?” ¿Qué pregunta? Por supuesto que ese hombre quería salvarse. “¡Sí Jesús quiero que me salves!” Bueno, pues suéltate. “¡Pero, si me suelto me mato!” Si en realidad deseas que te salve suéltate. El hombre quedo asombrado por lo que Jesús le pedía y entonces su grito por ayuda fue diferente: “¿¡No hay nadie más por allí que pueda salvarme!?” “¿No estará por allí Walter Mercurio o el Niño Prodigio, por lo menos?” Y ni Walter ni ningún otro brujo con ruda o ajos, pudo rescatarle. Al final el hombre se soltó y confió en que Jesús lo salvaría y así fue.

En realidad hermanos de mi corazón, la satisfacción más grande que todo ser humano debería de poseer es el de estar con vida. Y digo debería, no porque no la merezcamos, pero porque nosotros mismos nos hemos asesinado con nuestras actitudes y como respuesta a esa pregunta anterior, le damos siempre una contestación que se acomode a nuestro orgullo, pues no queremos dar nuestro brazo a torcer al no querer reconocer que vivimos como muertos en vida.

Cada día que pasa, ensartamos un puñal a nuestro corazón al no amar la vida, al no demostrar amor por los demás y mucho menos al no amarnos a nosotros mismos. Cuando nos levantamos, nos levantamos deprimidos, fastidiados de todo nuestro alrededor, volteamos a ver al que duerme con nosotros y pensamos “¿Cómo es posible que yo esté aquí con este o esta? Y de mal humor a nuestra rutina y no nos damos cuenta de que solo el hecho de estar despiertos ya es ganancia. Solamente el respirar debería de ser para nosotros el motivo más grande para mirar la vida de un modo diferente, para dar gracias al que nos creó, dándonos su soplo divino (Gén 2:7). Recordemos que el Salmo nos dice: “Pues a mí se acogió, lo libraré, lo protegeré, pues mi Nombre conoció”.

¿Por qué somos tan tercos? Siempre en quejabanza y casi nunca en alabanza. Un cántico muy lindo dice: “La única razón de mi adoración, eres tú mi Jesús. El único motivo para vivir eres tú Señor. Mi única verdad está en ti. Tu eres grande, majestuoso y poderoso” Es hermoso poder cantar de esta manera, adorando y alabando como el Rey David que saltaba en adoración y exaltación, sin importar quién lo viera o quién lo criticara. Pero no. Nuestra canción de todos los días es: “La única razón que me levanto en las mañanas, es por obligación, mi Jesús. El único motivo de ir a trabajar es mi suegra Señor”

Solamente aquel que verdaderamente ha nacido de nuevo (no quiero sonar protestante), puede tener una vida diferente. Todo aquel que no ha abierto totalmente el corazón al amor no puede ser feliz. Solamente en Cristo podemos obtener felicidad y solamente en su sacrificio (creyendo a plenitud), podremos vivir agradecidos por el don de la vida.

Ya sé que los penares de la vida, los problemas que nos aquejan a diario, no nos permiten disfrutar a plenitud de la victoria alcanzada en Cristo, pero creo que cuando cada uno de nosotros descubramos en medio de nuestros dolores o enfermedades o de cualquier otro tipo de aflicción, la belleza de nuestro Señor obrando en nuestro interior, es cuando verdaderamente descubriremos el poder de la alabanza y entonces en medio de la tormenta, podremos adorar y ensalzar su bello Nombre. Pablo mismo descubrió ese poder de Dios, viviendo a plenitud lo que había descubierto y por eso mismo se atrevía a expresarse de esta manera: “Y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Todo lo que vivo en lo humano **lo vivo con la fe** en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. Esta es para mí la manera de no despreciar el don de Dios” (Gal 2:20-21).

Pero para que comprendamos esto a profundidad, es necesario que vivamos una vida diferente a ejemplo de Cristo, una vida en la que todos se den cuenta que realmente vivimos la vida de Jesús; dejándonos conducir por el Espíritu de poder, el Consolador que viene a nuestro encuentro en cada momento de nuestras vidas. ¿Y cómo? Pues revistiéndonos de su amor. Como Pablo nos dice: “Más bien sean buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente como Dios los perdonó en Cristo. Como hijos amadísimos de Dios, esfuércense por imitarlo. Sigán el camino del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros, como esas ofrendas y víctimas cuyo olor agradable subía a Dios. Y ya que son santos, no se hable de inmoralidad sexual, de codicia o de cualquier cosa fea; ni siquiera se las nombre entre ustedes. Lo mismo se diga de las palabras vergonzosas, de los disparates y tonterías. Nada de todo eso les conviene, sino más bien dar gracias a Dios. Sépanlo bien: ni el corrompido, ni el impuro, ni el que se apega al dinero, que es servir a un dios falso, tendrán parte en el reino de Cristo y de Dios. Que nadie los engañe con razonamientos vacíos, pues son estas cosas las que Dios se prepara a condenar en los enemigos de la fe: no sea que ustedes compartan su suerte. **En otro tiempo ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor.** Pórtense como hijos de la luz, con bondad, con justicia y según la verdad, pues éstos son los frutos de la luz. Busquen lo que agrada al Señor. No tomen parte en las obras de las tinieblas, donde no hay nada que cosechar; al contrario, denúncienlas. Sólo decir lo que esa gente hace a escondidas da vergüenza; pero al ser denunciado por la luz se vuelve claro, y lo que se ha aclarado llegará incluso a ser luz. Por eso se dice: “Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y la luz de Cristo brillará sobre ti” Examinen, pues, con mucho esmero su conducta. No anden como tontos, sino como hombres responsables. Aprovechen el momento presente, porque estos tiempos son malos. Por tanto, no se dejen estar, sino traten de comprender cuál es la voluntad del Señor. No se emborrachen, pues el vino lleva al libertinaje; más bien llénense del Espíritu. Intercambien salmos, himnos y cánticos espirituales. Que el Señor pueda oír el canto y la música de sus corazones. Den gracias a Dios Padre en nombre de Cristo Jesús, nuestro Señor, siempre y por

todas las cosas. Expresen su respeto a Cristo siendo sumisos los unos a los otros” (Ef 4:32-5:1-20).

Con todo nuestro corazón debemos de aceptar nuestros sufrimientos (no confundir esto con aceptar cualquier tipo de violencia doméstica), dando gloria a Dios por lo bueno y sobre todo glorificando su Nombre en medio de lo malo de nuestras vidas.

Recordemos que nadie podrá apartarnos del amor del Padre que perdona, que olvida y que borra nuestras heridas, que nos levanta y nos sana. Ni las pruebas más duras y difíciles, podrá acabar con los verdaderos hijos de Dios. “A los que de antemano llamó y al llamarlos los hizo justos y santos y por lo tanto ¿quién nos va a separar del amor del Padre? ¿Acaso las pruebas, las angustias o las faltas de ropa?” No hermanos de mi corazón en todo esto saldremos triunfadores gracias al que nos amó, nos ama y nos amará para la eternidad (Rom 8:28-39).

Alabado sea el Padre de la gloria eterna. Solamente en su Luz hay claridad para nuestras almas en pena. No hablo de los que ya murieron, más bien hablo de los que aunque viven, están muertos, por no querer ser parte integral de aquel que da la vida y que tiene poder para cumplir lo que promete (Rom 4:21).

Cada día que pasa trabajamos duro en medio de nuestra sociedad de consumo, para vivir mejor, para comer mejor y hasta para dormir mejor. Cuando tenemos todas las comodidades materiales, no nos importa Dios para nada. A él lo dejamos para el último y aunque quizás venimos al grupo de oración, a nuestras bellas asambleas o asistimos a Misa (algunos de nosotros solamente cuando hay quinceañeras o bautismos), nos sentimos seguros pues tenemos el pan diario y el techo sobre nuestras cabezas. Pero cuando la calamidad nos llega, es entonces cuando hablamos con Dios, para decirle lo mucho que le servimos y lo mucho que le amamos; inclusive llegamos a decirle que ya que nunca le hemos pedido nada, que es ahora cuando le pediremos lo que queremos que él haga en nuestras vidas. Que ridículo, no entendemos que el Padre ya sabe lo que necesitamos desde antes que se lo pidamos (Mt 6:6). Pero nosotros sabemos que tenemos a un Dios, que convertimos en dios personal, acomodado a nuestro tiempo y antojo. A ese dios lo adoramos porque es un dios creado a nuestra imagen y semejanza y nos dejamos envolver por la conveniencia y hasta nos enojamos con él cuando no cumple lo que le pedimos.

El Dios real es el que nos ama con amor eterno. El que nos pide simplemente que confiemos en él, aun en los peores momentos. Miremos por ejemplo al mismo Señor en la Cruz: “Llegado el mediodía, la oscuridad cubrió todo el país hasta las tres de la tarde, y a esa hora Jesús gritó con voz potente: «Eloí, Eloí, lammá sabactani», que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»” (Mc 15:33-34). Jesús dice la Palabra que confiado en el Padre exclamó esas mismas palabras que fueron respondidas inmediatamente al dar un fuerte grito y expirar.



Dios responde de acuerdo con su plan perfecto de amor. Él está ahí para sostenernos: “En sus manos te habrán de sostener para que no tropiece tu pie en alguna piedra” Pero todo es de acuerdo con su plan no al nuestro. No podemos decir que confiamos plenamente en Dios cuando no hacemos realmente lo que él quiere para nuestras vidas; no podemos decir que tenemos a un Dios que nos sostiene cuando no confiamos en él, cuando nuestro tiempo se emplea para satisfacer nuestras propias necesidades y no las de los que necesitan de nosotros. Estamos más preocupados en nuestro sostén material que en nuestro sostén espiritual. ¿Cómo pretendemos pedir a Dios protección, cuando nuestra fe está más en el dios dinero y no en el Dios verdadero? **¡No se puede!**

La protección material solamente sirve para un tiempo, mientras te dura y quizás tengas suficiente para el día que te mueras y probablemente tengas para una caja de lujo y tu entierro sea como de rey, eso nunca será lo que llene tu vida. Hay un personaje que anda promoviendo seminarios para hacer dinero y en sus programas de información, nos dice que no es cierto cuando decimos “que el dinero no trae la felicidad” Que eso es pretexto de los flojos que no desean vivir en la abundancia. No debemos de confundir entre el tener dinero para ser felices y la alegría de tener a Jesús de nuestro lado. Dios sinceramente no desea que seamos pobres, sino que seamos ricos para dar los que necesitan. Miremos por ejemplo a los que dedican su vida al trabajo y son tan agarrados que no gastan ni siquiera en un calcetín. El día de su muerte, ¿quién se queda con la fortuna? “A continuación les propuso este ejemplo: «Había un hombre rico, al que sus campos le habían producido mucho. Pensaba: ¿Qué voy a hacer? No tengo dónde guardar mis cosechas. Y se dijo: Haré lo siguiente: echaré abajo mis graneros y construiré otros más grandes; allí amontonaré todo mi trigo, todas mis reservas. Entonces yo conmigo hablaré: Alma mía, tienes aquí muchas cosas guardadas para muchos años; descansa, come, bebe, pásalo bien.» Pero Dios le dijo: "¡Pobre loco! Esta misma noche te reclaman tu alma. ¿Quién se quedará con lo que has preparado? Esto vale para toda persona que amontona para sí misma, en vez de acumular para Dios” (Lc 12:18).

La próxima pregunta lógica debe de ser: “¿Qué es lo que estamos acumulando?” Espero que nuestra respuesta sea: “Estoy acumulando para Dios” Y si en realidad esa es nuestra respuesta, entonces por qué seguimos sufriendo. ¿Es que no confiamos plenamente en Dios? Andamos preocupados por las cosas materiales y nos olvidamos del servicio a Dios. Vamos a ver ¿Cuántos de nosotros por causa del trabajo no servimos al Señor como él se lo merece? Solamente cuando tenemos tiempo le servimos y si el día que nos comprometimos con él, nos sale un trabajo en el que vamos a ganar algo extra, lo tomamos y nos olvidamos de que nos comprometimos con Dios para servirle.

No podemos esperar protección de Dios cuando lo reemplazamos con pretextos. Claro, él es un Dios de amor y perdón, pero si no lo ponemos a él en primer lugar, seremos como el rey Saúl que escogió su propio coraje y sus propias fuerzas y se olvidó de la orden de Dios. ¿Cómo terminó? Pues alejado de Dios, más bien Dios mismo se apartó de él, dejándolo sólo y en vez de buscar el perdón de su falta, se buscó a un brujo para que lo guiara y termino derrotado y al final muerto. (Leer su historia en 1 y 2 de Samuel)

Veamos la diferencia entre Judas y Pedro. Judas cometió un pecado muy grave al entregar a Jesús, y con un beso lo confirió a la muerte. Este se arrepintió, pero se quitó la vida, pues no reconoció el perdón de Dios. Pedro por su lado, negó a Jesús después de prometerle que nunca lo abandonaría, a pesar de caminar con él por tres años, pero cuando vio lo que cuesta seguir a Jesús, se dijo a sí mismo: “No voy a morir como él, pues no estoy loco” y cuando le preguntaron si lo conocía, dijo que no tres veces. Pedro igual que Judas se arrepintió, la diferencia está en que Pedro reconoció el poder del perdón de Dios y ahora vive para la vida eterna.

Cuando confiamos de esa manera, cuando nos comprometemos a servirle con todo nuestro corazón, sin importar nuestras propias necesidades, es cuando experimentaremos verdaderamente el amor protector del Padre y entonces veremos “qué amor tan singular nos ha tenido el Padre que no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos” (1 Jn 3:1). Un padre protege y provee. Dios es, Abba Papito y si confiamos en él, él nos protegerá y proveerá cuanto necesitemos sin siquiera nosotros pedirle.

No sigamos en lo mismo, buscando en otros lados lo que está en nuestro interior, “Por lo demás, fortalézcanse en el Señor con su energía y su fuerza. Lleven con ustedes todas las armas de Dios, para que puedan resistir las maniobras del diablo. Pues no nos estamos enfrentando a fuerzas humanas, sino a los poderes y autoridades que dirigen este mundo y sus fuerzas oscuras, los espíritus y fuerzas malas del mundo de arriba” (Ef 6:10-12).

Por lo tanto hermanos de mi corazón, debemos de confiar plenamente en el Todo Poderoso, que como dijimos anteriormente, “tiene poder para cumplir lo que promete” y su promesa es: perdonarnos cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y de nuestra desconfianza en él, y sobre todo el de darnos su amor eterno, en Cristo Jesús crucificado y resucitado.

No podemos vivir más en el abandono material y poner nuestra confianza en todo lo que el mundo nos ofrece, más bien, “no teman a los que sólo pueden matar el cuerpo, pero no el alma; teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso un par de pajaritos no se venden por unos centavos? Pero ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a ustedes, hasta sus cabellos están todos contados. ¿No valen ustedes más que muchos pajaritos? Por lo tanto no tengan miedo. Al que se ponga de mi parte ante los hombres, yo me pondré de su parte ante mi Padre de los Cielos. Y al que me niegue ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los Cielos” (Mt 10:28-33).

¿Por qué vivir una vida de rutina?; ¿Por qué vivir para el mundo? Solamente uno es “Bueno y ese es Dios” (Lc 18:19). Confiemos en él y salvos seremos, no para quedarnos sentados, sino más bien, para engrandecer el Nombre que está sobre todo nombre, por medio de nuestro compromiso en la evangelización. Como dijimos en el tema anterior, a cada uno se nos dará nuestra paga y la paga es la vida eterna. No exijamos riquezas materiales, más bien pidamos al Señor fuerzas, para continuar nuestro camino, siempre tomados de sus

manos, sabiendo que un día estaremos allí frente a él, para adorarlo y para exaltar su bello nombre.

¿Deseamos nosotros estar allí? Claro que sí. Entonces confiemos en él. Confiemos en que en medio de nuestro diario vivir su presencia nos fortalece y en los momentos en los que nos debilitemos, podamos confiadamente venir a él, para ser confortados y amados y de esa manera poder continuar con el compromiso de evangelizar desde nuestro hogar, hasta el fin del mundo.

### ***Para evangelizar hay que orar:***

Solamente en medio de nuestra oración personal y la participación en la Santa Eucaristía, lograremos servirle verdaderamente al Señor.

Cuando hablamos de oración, siempre nos referimos a ese instante en el que lanzamos una o varias palabras al Cielo, creyendo que es Dios quién nos escucha. Algunas veces lo hacemos por intuición y otras por fe. Pero la verdad es que orar va mucho más allá de eso. Orar es entrar en un diálogo directo con el Padre; no en una forma vaga, sino que en una relación entera, íntima y profunda, tratando de alcanzar un encuentro vivo y real con cada una de las palabras que le hablamos o con las que él nos habla.

Orar es acercarnos al Padre en espíritu y verdad (Jn 4:24). Es estar atentos a su Palabra hablando a nuestros corazones, gozando de su presencia en el momento más íntimo de nuestro diálogo, dejando que nuestro espíritu se llene de Su grandeza, experimentando su poder en lo más profundo de nuestro ser.

Nos cuenta el Evangelio que Jesús se acercó a un lugar llamado Sicar, lugar en donde se encontraba situado el pozo de Jacob. Esta parte pertenecía al territorio de Samaria, la cual, era tierra que los judíos trataban de evitar, por los conflictos religiosos y raciales que los tenía separados por unos 700 años.

Al pasar Jesús por el lugar, dice la Escritura que se sintió cansado y con sed y que se sentó a la orilla del pozo. A los Apóstoles, los había enviado en búsqueda de alimentos. Mientras él se quedaba descansando, una mujer de ese lugar se le acercó no para hablar con él, sino que para sacar agua del pozo.

Jesús toma la iniciativa y le habla. Aunque cansado y sediento, Jesús no puede dejar pasar por alto la necesidad que veía en ella. A la medida que la conversación se desarrolla, deja ver claramente a la mujer que su necesidad es espiritual más que una necesidad física, más moral que teológica.

Jesús comparte con ella el deseo ferviente de cada uno de los que lo seguimos, es decir, el anhelo de buscar la presencia del Padre no en una forma aparentemente física, sino en una manera más íntima, en lo más profundo de nuestro corazón.

Hay cuatro aspectos muy importantes que debemos de descubrir en este relato: **1- Reconocer que Jesús ha estado siempre a nuestro lado; 2- Que tenemos que tener un encuentro personal con él; 3- Que dejemos que sea él quien toma control de nuestras vidas y 4- Que compartamos nuestra conversión con los demás.**

En el primer punto debemos reconocer que en medio de nuestros más fuertes dolores, enfermedades, angustias o situaciones difíciles que estemos atravesando, que siempre es a él, al único que podemos venir, pues él nos conoce bien y aunque se nos haga difícil tenemos

que dejar que sea él quien obre pues él sabe perfectamente lo que necesitamos desde antes que le pidamos (Mt 6:8).

En el siguiente punto, se nos invita a reconocernos desnudos ante su presencia ya que a él nunca lo podremos engañar. No importa cuantas máscaras nos queramos poner; no importa cuantas paredes queramos construir enfrente de los demás, tratando de ocultar nuestras realidades, sabemos perfectamente que a él nunca lo podremos engañar y que debemos buscarlo y conocerlo, no verdaderamente por lo que él pueda hacer por nosotros, sino más bien por su infinito amor que nos envuelve y nos sostiene. **“Si tú supieras quien es el que te pide de beber, tú misma me pedirías a mí y yo te daría agua viva”** (Jn 4:10).

Al tener ese encuentro con Jesús, tenemos que empesar a comprender que es él quien nos da a beber agua espiritual, agua de amor, paciencia y ternura, y sobre todo de esa agua en la cual ya nunca más tendremos sed; y lo más hermoso es saber que nosotros estamos en su infinito amor y, al descubrinos en medio de su amor tendremos como resultado el deseo latente de buscar reconciliarnos con nuestros semejantes, sin importar cualquiera que haya sido el motivo para distanciarnos. Jesús se acercó a la mujer samaritana y ella se sintió sorprendida al tener ese encuentro personal con el Señor. Su sorpresa no fue por verse enfrente de él, más bien fue el hecho de que Jesús se acercara y hablara con una persona a la cual por tradición no se le dirigía la palabra, por los conflictos que existían entre los judíos y samaritanos. A eso le podemos agregar que las oraciones de los hombre judíos era: **“Bendito eres, oh Dios... que no me hiciste mujer”**. Jesús vino a romper con esa tradición errónea y en vez de odiar a la mujer, por ser mujer y sin importar que se trataba sobre todo de una mujer “enemiga”, le brindó palabras de aliento, ofreciéndose a sí mismo, enseñándonos con esto qué, al encontrarnos con él, podemos disfrutar de su inmenso amor y además nos enseña que cuando amamos inclusive a nuestro enemigo, arrancando de raíz nuestros rencores y odios, él nos brindará la alegría del sabernos perdonados por Dios. **“Perdona mis ofensas, así como yo perdono a los que me ofenden”** (Mt 6:12).

El tercer punto interesante es el hecho de saber que es el Señor quien toma control de nuestras vidas; que es él, quien nos conduce por el camino que mejor nos conviene. **“El que beba del agua que yo daré, no volverá a tener sed. El agua que yo le daré se hará en él manantial de agua que brotará para la vida eterna”** (Jn 4:14).

Jesús nos invita a permanecer unidos en oración constante, no de una forma exterior (de la boca para fuera), sino más bien que busquemos al Padre en la intimidad de nuestro corazón, con un espíritu de fe y confianza plena y que en la profundidad de esa fe lo adoremos, no como adoramos a los artistas o deportistas famosos, que por ser guapos o por jugar bien, los ponemos en un pedestal y cuando se hacen viejos, los olvidamos, para buscarnos nuevos ídolos, siendo así como nos distanciamos de Dios. Jesús nos pide que al Padre lo adoremos en Espíritu y en Verdad (Jn 4:23-24), pues son a esos corazones humildes los que Dios quiere estrujar entre sus brazos y cuando esto suceda así, entonces podremos verdaderamente dejar que sea él quien tome el control de quiénes somos y cuanto tenemos y, al momento que lleguemos a éste punto, nos daremos cuenta que lo más importante no

es lo que nos rodea, ni lo que poseemos; más bien que será el Señor el centro de nuestro existir y con ello alcanzaremos la vida eterna.

En el último punto del Evangelio, nos damos cuenta de la importancia de compartir la misericordia y amor del Padre con nuestra familia y amistades. El solo hecho de saber que Jesús nos habla y sobre todo de saber que lo dejamos hablar, es de suma importancia no solamente para nuestras vidas, sino también, para las vidas de los que nos rodean. **“Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho”** (Jn 4:29).

Cuando nosotros compartimos lo que Jesús ha hecho en nosotros, estamos proclamando que sí, que sí existe un Dios todo poderoso que tiene poder para transformar vidas, por muy incrédulas que estas puedan ser. A lo mejor no será necesario que digamos palabra alguna, más bien con nuestro propio cambio de vida estaremos dando, testimonio del amor sin igual del Padre y, cuando los demás vean ese cambio en nuestras vidas, dirán como en el Evangelio: **“Ya no creemos por lo que tu contaste. Nosotros mismos lo hemos oído y estamos convencidos de que éste es verdaderamente el Salvador del mundo”** (Jn 4:42).

Podemos decir entonces que la oración es el enlace que nos une y nos comunica con el Padre; es el medio por el cual compartiremos la alegría de sentirnos verdaderos hijos del creador, ayudándonos a profundizar a cada momento en ese diálogo de amor y de amistad.

La oración llegará a ser tan profunda en la medida en la que dediquemos tiempo a ella. No basta solamente con decir “¡Dios mío ayúdame!” Si no que se trata de adentrarnos a lo más hondo e íntimo, llegando hasta ese rincón del corazón en donde nosotros sabemos individualmente que nos cuesta llegar, por ser el sitio en donde se encuentran nuestros más oscuros sentimientos.

Para lograr ese momento de profundidad, tenemos primero que nada, reconocernos como hijos que necesitan de su Padre; sabiendo que a lo mejor no somos dignos de que él nos escuche, pero sabiendo también que él está ahí y que por su misericordia, nos conforta y anima a seguir adelante. Entonces podremos decir que estamos comunicándonos con aquel que es todo amor, sabiendo de antemano que él es el pozo de agua, del cual nunca más tendremos sed. (Jn 4:10-14).

La oración tiene que ser confiando plenamente en que es Dios quien nos escucha (Jn 11:41-42) Además tenemos que descubrir que no solamente se trata de que le hablemos, sino que demos la oportunidad a él a que nos responda.

Uno de los problemas más graves dentro de la oración tanto individual como comunitaria es que nuestro tiempo se va más en hablar a él, que escucharle a él (Mt 6:5-6).

La oración es una experiencia vivida. Ella nos transforma de tal manera, que nuestras vidas son llamadas a una transformación total, y obedeciendo a ese cambio en nosotros, se logrará así transformar las vidas de los demás.

No podemos (como servidores), tener oración sin experiencia; así como también no podemos tener oración sin experimentar la presencia del Señor. De nada nos serviría solamente “sentir su presencia”, si no lo experimentamos en lo más profundo de nuestro ser.

Dirigirnos al Padre en oración significa: Dejar a un lado todas aquellas cosas que nos perturban, inclusive nuestro propio ser. Es entregarnos en cuerpo y alma, confiando plenamente que nos dirigimos a él humillados ante su presencia, pensando y creyendo que verdaderamente contemplamos su rostro en Cristo Jesús (Jn 14:8-9).

Es imprescindible pues, que comprendamos que al momento de nuestra oración, dejemos que sea Jesús, quien nos guíe en presencia del Espíritu Santo, hacia la contemplación visualizando su figura y en la profundidad de nuestras almas, abramos nuestros oídos internos para escuchar la Voz del Padre, dando descanso a nuestro propio espíritu (Heb 10:11-13).

En el momento en que nos dirigimos a Dios en oración, nuestros corazones pasan de ser la bodega de tantos orgullos, vanidades, rencores, odios y malos pensamientos, a ser el Templo de Dios en donde habita el Espíritu Santo (1 Cor 3:16). Es decir que nos adentramos a la parte más importante y más íntima en donde tendremos ese encuentro personal y directo con el Padre. Esto implica que debemos dejar nuestro ego personal y decir como Pablo: “...y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2:20).

Por lo tanto tenemos que comenzar por profundizar en nuestro interior y buscar en lo más íntimo, su bendita presencia, guardando silencio y dedicando tiempo para nuestra oración. El buen evangelizador debe mantenerse constantemente en oración.

### ***La oración debe ser la sal que da sabor:***

Cuando preparamos un caldo, vamos poniendo los ingredientes uno por uno. Digamos que estamos preparando un caldo de res, sabemos que los ingredientes importantes son las verduras y sobre todo la carne. Pero si preparamos todo de acuerdo con la receta ya sea de la abuelita o de la que vimos en el Internet, pero se nos olvida el ingrediente más importante, por más verduras o carne que le pongamos, nunca tendrá sabor. Debemos siempre de ponerle sal, para poder disfrutar de un caldo delicioso.

De la misma manera nosotros los cristianos, estamos en el mundo, como el ingrediente principal, para dar sabor a la humanidad. Debemos de dar sabor a su medida, sin faltarnos o sin salarnos. Nuestro saborcillo tiene que ser al punto, para que los que disfruten de Cristo, puedan hacerlo a su totalidad.

Es importante que reconozcamos que no solamente servimos para dar sabor a los demás, sino que también debemos reconocer, que primero que nada debemos de dar sabor a nuestras propias vidas. No podemos dar sabor al caldo, si nosotros estamos sin sal. Esto lo lograremos únicamente por medio de la oración profunda.

Cierto día, una hermana vino a mí y me compartía que su matrimonio no iba del todo bien. Ella decía que su marido no cambiaba y que siempre andaba de borracho y mujeriego y cada vez que él venía briago a la casa, siempre empezaban los pleitos, las gritaderas, las amenazas y hasta las aventadas de sartenes y cuantas cosas se encontraban en el camino. "Mire hermano René" decía la hermana: "siempre que miro a mi marido venir así, no me aguanto y me le dejo ir encima, le comienzo a pegar con lo que tengo en la mano y si puedo, lo pateo" "¿De veras hermana?" Le contesté "Sí hermano, ya no lo soporto más" "¿Qué debo de hacer?" La hermana estaba sin sal. Ella siempre asistió a eventos de evangelización, a grupos de oración e inclusive, estuvo sirviendo en su parroquia como catequista. Más sin embargo, no podía dar sabor al caldo de su hogar. ¿Cuántos de nosotros mismos, no estamos atravesando una situación similar o posiblemente, estamos viviendo un torbellino con nuestros hijos, nuestros cónyuges, o en el trabajo con nuestros compañeros o nuestro jefe? Y aunque asistimos a todo lo que sea de evangelización, no logramos ni darle sabor a nuestras vidas, ni mucho menos a los demás.

La razón es simple: tenemos que entregar nuestras vidas al Señor en oración constante, confiando en él completamente y no a medias. Para ello, debemos de empezar por amar con un corazón puro, que no guarde rencor y sobre todo tenemos que comenzar amando a Dios sobre todas las cosas y por último aprender amarnos a nosotros mismos; y es en este último caso en el que tenemos problemas. Si no logramos amarnos, nunca podremos totalmente amar a Dios y mucho menos amar a los demás. En otras palabras, si nosotros no somos esa sal, nunca podremos dar sabor al caldo.

Así como la sal, en su mayoría es extraída del mar, de la misma manera nosotros debemos ser la sal extraída de Dios. Es decir que para ser el que da sabor, debemos primero



que nada dejar que sea Dios en su grandeza y misericordia, el que nos dé, de su amor por medio de la oración.

Cuándo se acaba la sal en el salero de la cocina, vamos y compramos más sal en la tienda ¿no es cierto? De la misma manera, cuando sentimos que nuestro corazón le falta amor, debemos de ir a donde el Padre, para llenarnos de su amor. La sal de mesa la compramos en la tienda. La sal de Jesús, que es el amor de Dios, la adquirimos cuando asistimos a la Santa Eucaristía; cuando doblamos nuestras rodillas y le adoramos; cuando compartimos nuestra oración en comunidad y sobre todo, cuando aprendemos a perdonar y a reconciliar nuestras rencillas con aquellos con los que estamos pleiteando.

Ser sal, no es simplemente decirle a los demás que existe un Dios todo poderoso, cuando ni nosotros mismos lo estamos experimentando así. La hermana de la que hablamos anteriormente no disfrutaba del amor del Padre y por lo tanto, no podía amar a su marido alcohólico. En vez de mostrar que ella vivía en Cristo y que su oración era tan asidua como el salir del sol, ella demostraba que no vivía en el amor. En lugar de buscar discernimiento en su oración, buscó mejor el sartén más grande, para darle en la torre a su marido y esto claro porque no oraba. La historia de esta hermana terminó tristemente. Un día el marido se cansó de tantos sartenazos, y con un disparo acabó con la vida de la hermana y con otro más su vida misma. Hoy hay tres adolescentes huérfanos, porque sus padres, no buscaron el amor de Dios, porque no supieron llenar su corazón, con la sal del Señor.

La pregunta de rigor viene a ser esta: “¿Qué necesitamos nosotros, hermano de mi corazón, para ser la sal que de sabor? No somos eternos y un día seremos llamados ante la presencia del Señor. Si no llenamos hoy el salero de nuestro corazón, no podremos nunca, ser parte de las maravillas de Jesús.

Como mencionamos anteriormente y vale la pena recalcarlo, la sal de nuestras propias vidas es la oración y solamente cuando dedicamos nuestras vidas a la oración profunda (no hablo de la que hacemos cuando estamos en los grupos), es cuando verdaderamente le daremos sabor a nuestro caldo. Pero para profundizar en esto, o mejor dicho, para apreciar mejor lo que estamos diciendo, tenemos que comprender que la oración tiene que ser amando (ya lo hemos repetido sopotocientas veces anteriormente) Solamente cuando amamos verdaderamente, podremos ciertamente experimentar a profundidad nuestra oración. Miremos al Señor Jesús. Él si fue Sal verdadera; una sal que es tan fina y con la cual aunque le pongamos de más, nunca se nos salará, porque está llena de amor.

La oración de Jesús era profunda y con sentido, la nuestra por el contrario siempre es larga y sin sentido y todo porque no sabemos realmente el significado de la oración. No quiero darle un significado teórico o retórico y sobre ello escribir tantas cosas que al final de cuentas se quedará simplemente en eso, en letra muerta. Hablo de conocer lo que realmente es la oración y esto, lo encontraremos cuanto más nos dediquemos a ella. La receta para el caldo nunca nos sale como nuestra mamá o nuestra abuelita y por más que la copiemos al pie de la letra de libros escritos por grandes cocineros (perdón “chefs”), siempre saldrá de acuerdo

con nuestro propio sazón. Así es la oración, ella nunca será como la de los más grandes oradores, porque la oración es nuestra y por lo tanto la disfrutaremos y la mejoraremos cuando más la pongamos en práctica.

Hoy tenemos la oportunidad de doblar nuestras rodillas y pedir al Señor su misericordia y sobre todo pedir, que un rayo de su amor llene nuestro corazón, para que de esa manera, juntos todos como familia, seamos la sal que da sabor.

## ***El ayuno que agrada a Dios***

¿Cuál es el ayuno que verdaderamente agrada a Dios? ¿Es el de dejar de comer uno, dos o tres días? Veamos lo que nos dice la Biblia al respecto: “Grita con fuerza y sin miedo. Levanta tu voz como trompeta y denuncia a mi pueblo sus maldades, y sus pecados a la familia de Jacob. Según dicen, me andan buscando día a día y se esfuerzan por conocer mis caminos, como una nación que practica la justicia y no descuida las órdenes de su Dios. Vienen a preguntarme cuáles son sus obligaciones y desean la amistad de Dios. Y se quejan: « ¿Para qué ayunamos si tú no lo ves, nos humillamos y tú no lo tomas en cuenta?» Porque en los días de ayuno ustedes se dedican a sus negocios y obligan a trabajar a sus obreros. **Ustedes ayunan entre peleas y contiendas, y golpean con maldad.** No es con esta clase de ayunos que lograrán que se escuchen sus voces allá arriba. ¿Cómo debe ser el ayuno que me gusta, o el día en que el hombre se humilla? ¿Acaso se trata nada más que de doblar la cabeza como un junco o de acostarse sobre sacos y ceniza? ¿A eso llamas ayuno y día agradable a Yahvé? ¿No saben cuál es el ayuno que me agrada? **Romper las cadenas injustas, desatar las amarras del yugo, dejar libres a los oprimidos y romper toda clase de yugo. Compartirás tu pan con el hambriento, los pobres sin techo entrarán a tu casa, vestirás al que veas desnudo y no volverás la espalda a tu hermano.** Entonces tu luz surgirá como la aurora y tus heridas sanarán rápidamente. Tu recto obrar marchará delante de ti y la Gloria de Yahvé te seguirá por detrás. Entonces, si llamas a Yahvé, responderá. Cuando lo llames, dirá: «Aquí estoy» **Si en tu casa no hay más gente explotada, si apartas el gesto amenazante y las palabras perversas; si das al hambriento lo que deseas para ti y sacias al hombre oprimido,** brillará tu luz en las tinieblas, y tu oscuridad se volverá como la claridad del mediodía. Yahvé te confortará en cada momento, en los lugares desérticos te saciará. El rejuvenecerá tus huesos y serás como huerto regado, cual manantial de agua inagotable.

Cuántas veces no hemos venido con Dios y le hemos reclamado del por qué no nos ayuda, aun cuando ayunamos. En eso nos parecemos al pueblo judío; ellos cumplían al pie de la letra, muchos de los reglamentos de la ley y en tiempos de angustia, ayunaban, se vestían de saco (sayal) y se untaban de ceniza la cabeza. Pero no vivían de acuerdo con el mandamiento del Señor y como todos sabemos, su mandamiento principal “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como nosotros mismos” (Mc 12:28-31).

Nosotros vivimos exactamente lo mismo. ¿No es cierto que todos venimos como católicos a cumplir con los reglamentos de nuestra Iglesia? ¿Acaso no nos confesamos, comulgamos, somos devotos de María, le rezamos el Santo Rosario y hasta se nos ve en el templo golpeándonos el pecho, implorando misericordia? Exactamente como el pueblo Israelita.

Preguntémonos a lo más íntimo de nuestro corazón: ¿Tengo la conciencia tranquila? ¿Soy feliz por lo que hago en la vida, agradando a Dios siempre y en todo lugar? Si a esta pregunta respondimos que sí, pero más sin embargo, no encontramos respuestas a nuestras oraciones, a nuestros ayunos, a nuestros golpes de pecho o a todas nuestras demás devociones, entonces es posible que a pesar de que hacemos todas esas cosas, no estamos

viviendo verdaderamente en el mandamiento más importante: **“Amar a Dios sobre todas las cosas”**

Vamos a desmenuzar la cita que leímos anteriormente. En la primera parte: **“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas”** Amar a Dios significa que no habrá otro dios, ídolo, persona u objeto que ocupe el lugar principal en tu corazón; que él es el “number one” en nuestras vidas, dejándonos conducir de su mano en el amor y sobre todo creyendo que en realidad él es Dios. Para ponerlo en términos más simples y modernos, podemos decir que Jesús no enseña que debemos de abrirnos a su amor, con nuestro espíritu, nuestra mente y con nuestro racional. Que maravilloso es poder amar a Dios a este extremo.

Pensemos por un momento: ¿Quién podría ocupar su lugar en nuestras vidas? Nada, ni nadie lo podría hacer, ni siquiera nuestro cónyuges, con todo el amor que les tenemos o nos tienen, ni nuestros hijos, ni nuestro trabajo o nuestra casa y mucho menos nuestro dinero. Ahora que si en una de estas cosas está puesto nuestro interés, es entonces que nuestro ayuno no funciona. Por más que lo hagamos y duremos días, solamente lograremos el tronadero de tripas, aunque lo positivo de ello es que perderemos unas libritas que tenemos de más, pero es lo único.

Otra vez lo vamos a preguntar: ¿Quién ocupa el lugar de Dios en nuestro corazón? Supongamos que un día “x” nos comprometimos a servir en el templo, pero cuando se llega el día de hacerlo, ¡zas! que nos encontramos con nuestro hijo enfermo. ¿Qué haríamos en ese caso? ¿Serviríamos en el templo o nos quedaríamos a cuidar a nuestro hijo? ¿Quién ocupa el lugar en nuestro interior? Y luego nos preguntamos del por qué Dios no nos atiende cuando ayunamos. Es que nadie tiene que ocupar su lugar, porque ni Luis Miguel, ni Enrique Iglesias, ni José, José, ni Walter Mercurio, ni ningún curandero o brujo, por muy mayor o amazónico que este sea, nadie deberá ocupar el lugar de Dios en nuestra vida.

**“Amarás”**, no se presenta como un futuro: “vas a amar”, por el contrario se presenta como un presente y en esa expresión debe de estar contenido nuestro verdadero deseo de amar, no de la boca para fuera como si lo hiciéramos por obligación o por necesidad, como muchas mujeres que se dejan manipular por sus maridos (aunque no estén casadas), dejándose golpear y ser tratadas como basura y por la diz que necesidad, se mantienen soportando el **“amor”** que les da su pareja. Ellas aman por obligación y necesidad. Nuestro amor debe ser honesto, abierto y siempre dispuesto a dar todo lo que poseemos, hasta nuestras propias vidas, tal como él lo hizo al darnos a su Hijo a morir por nuestros pecados en la Cruz del Calvario. **“¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna”** (Jn 3:16).

La otra parte de la cita mencionada dice: **“y al prójimo como a nosotros mismos”** En esta frase podemos encontrar la continuación del mandamiento que Jesús agrega al primero. Esto significa que debemos de respetar a los demás como seres que fueron creados, del molde con el que nosotros mismos fuimos hechos. ¿Nos respetamos a nosotros mismos?; ¿Nos

gustaría hacernos algún daño, porque no nos caemos bien? No lo creo y más sin embargo, siempre hacemos daño a los demás, con nuestras actitudes, discutiendo con medio mundo (por no decir con el mundo entero), especialmente en medio de nuestro hogar, nuestra comunidad o nuestro barrio con el vecino o con el compadre, con el que va caminando en la calle y hasta con el perro terminamos pleiteando.

Debemos de vernos como hijos amados por Dios y de esa manera lograremos reconocer en nuestro interior el amor por los que no podemos amar; debemos de tendernos la mano y tratarnos como hermanos y no como gente desorientada que nada más busca la felicidad en hacer daño a los demás. Cierta día venía un pescador con dos cubetas llenas de cangrejos. Alguien que paso a su lado, quedo extrañado del hecho que una de las cubetas estaba tapada y con curiosidad le preguntó al pescador sobre el asunto. El pescador respondió: “Vea usted, la cubeta tapada es de cangrejos a los que llamo “mundanos” porque uno le da ayuda al otro, para poder salirse de la cubeta y si no los tapo, cuando llego al lugar en dónde los venderé, ya no tendré ninguno. Mientras que los otros destapados, son cangrejos a los que denomino “cristianos” De estos ni me preocupo, pues como cada quien busca sus propios intereses, cuando uno va saliendo, el otro lo baja, arrancándole una de las patas y por lo tanto cuando llego al lugar de la venta, todos están allí, listos para el fuego ardiente” Esos “cangrejos cristianos” Somos nosotros que buscamos nuestras propias agendas y no nos interesa realmente que el amor que decimos tener a Dios, no lo demostramos, amando al prójimo y lo peor de todo es que si no existe ese amor por los otros, menos existirá amor por nosotros mismos y aun menos por Dios. “Si uno dice «Yo amo a Dios» y odia a su hermano, **es un hipócrita**. Si no ama a su hermano, a quien ve, **no puede amar a Dios, a quien no ve**” (1 Jn 4:20).

Hermanos de mi corazón, para el buen ayuno agradable a Dios, debemos de amarnos, tendernos la mano, perdonando las ofensas y en donde haya odio, siempre dar amor; dando paz en lugar de pleito, y sobre todo estar dispuestos a ayudar al necesitado, sin buscar ningún tipo de interés, más que de agrandar a Dios. Recordemos que hoy es por mi hermano y mañana, quizá por mí.

Este es el tipo de ayuno que Dios pide a nuestras vidas. De nada nos sirve el ayuno, absteniéndonos de alimento, cuando no vivimos en paz con nosotros mismos, cuando no vivimos en paz con el prójimo y menos con la paz del Señor.

¿Cuántos de nosotros podremos decir que vivimos con conciencia tranquila? ¿Cuántos no sabemos que tenemos un pecado escondido? Pero más sin embargo, nos atrevemos a reclamarle a Dios del porqué de nuestras vidas, cuando tratamos de agrandarle con nuestros miserables ayunos y con oraciones que solamente buscan llenar nuestro ego personal. No hermanos, Dios quiere de sus hijos que se abran interiormente, para recibir de él, el amor verdadero, no para llenar el cántaro de nuestra vanidad al saber que Dios nos ama, sino que para que su amor en nosotros, se haga amor en los demás.

Recordemos que ayunar significa: darnos a los demás; con sacrificio quizá, pero con el verdadero deseo de agradar a Dios, pues ayunar es, vestir al desnudo, dar de beber al sediento, dar pan al hambriento, sin importar quien este pueda ser. Ayunar es respetar a nuestro cónyuge, es cuando no faltamos el respeto a nuestros hijos, cuando damos nuestras propias vidas, especialmente por todos aquellos que nos han hecho mal.

El día en que el hombre (llamado cristiano), se humille ante la divina presencia de Dios; el día en el que el hombre ame, el día en el que se respete la vida, en el que nos soltemos a nuestros egoísmos, rencores, envidia, chimes y vanidades, entonces ese será el día, en el que verdaderamente, será tomado en cuenta nuestro ayuno. Si no lo hacemos así, entonces seguiremos golpeándonos el pecho, reclamando a Dios del por qué, ¿por qué no reaccionas a nuestras peticiones? Y nunca, pero nunca, veremos respuesta de Dios, sino cambian nuestras actitudes y nuestra manera de vivir y convivir con lo demás.

“Difícilmente aceptaríamos morir por una persona buena; aunque tratándose de una persona muy buena, tal vez alguien se atrevería a sacrificar su vida. Pero Dios dejó constancia del amor que nos tiene: Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Con mucha más razón ahora nos salvará del castigo si, por su sangre, hemos sido hechos justos y santos. Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo; con mucha más razón ahora su vida será nuestra plenitud. No sólo eso: nos sentiremos seguros de Dios gracias a Cristo Jesús, nuestro Señor, por medio del cual hemos obtenido la reconciliación” (Rom 5:7-11).

Cuentan que en cierto lugar, había un joven matrimonio que tenía un hijo de 4 años de edad. Un día la pareja le pidió favor a la vecina que le cuidara a su hijo amado por unas horas pues tenían una cena importante en un famoso restaurante con el jefe del papá del niño. La vecina que era muy amiga de la joven pareja aceptó, pues ella mismo tenía un niño de la misma edad y se dijo así misma: “Mi hijo el hijo de los vecinos con de la misma edad, los dejaré jugando mientras yo veré tranquila mis telenovelas” La pareja se fue confiada en el buen cuidado que recibiría su hijo. La vecina confiada en que los niños jugaban prendió la televisión y se puso a ver una, dos y tres telenovelas, cuando de repente, después de tres horas sin atender a los muchachos, empezó a oler como si algo estaba quemándose y de un brinco, saltó de su cómodo sillón y corriendo fue en búsqueda de los niños. Cuál fue su sorpresa, al darse cuenta de que los niños estaban atrapados en medio de las llamas que emanaban como fuego ardiente del infierno, que salía de la cocina. ¡No, Dios mío no! Gritaba alocada. No podía entrar a rescatarlos, pues las llamas eran muy fuertes, cuando de repente logró escuchar los llantos de los dos niños que gritaban alocados. Su hijo le decía con grandes llantos “¡Mami, sálvame!” Mientras que el hijo de los vecinos gritaba: “¡Sálveme, señora que me quemo!” Carmen (así se llamaba la vecina), se dio cuenta que podía rescatar a un niño. A uno sólo podía librar de las llamas infernales y como madre pensó: “Amo a mi hijo, a él rescataré” Pero como responsable del niño que tenía a su cargo pensó: “Si no lo salvo, me echarán la culpa de este incendio”. Continuó “¿Qué haré?” Reaccionó de una manera abrupta y tomó la decisión de salvar a su propio hijo. El otro niño pegaba de gritos pidiendo que lo salvara, pero ella hizo de oídos sordos y prefirió salvar al suyo antes que el de la vecina.

¿Qué hubiésemos hecho nosotros en su lugar? ¿Salvaríamos la vida de nuestro hijo o la del hijo del vecino? Abbá Papito, no lo pensó dos veces y decidió dar la vida de su propio hijo por la salvación de nuestras vidas. Todo esto no lo podemos comprender cuando ayunamos buscando nuestros propios intereses, cuando no reconocemos el amor singular del Padre y el sacrificio de su Hijo amado por la reconciliación de la humanidad, perdonando pecados, rompiendo ataduras y destruyendo con su muerte el yugo del pecado.

Ahora viene otro aspecto importante de nuestro ayuno: “Cuando ustedes hagan ayuno, no pongan cara triste, como los que dan espectáculo y aparentan palidez, para que todos noten sus ayunos. Yo se lo digo: ellos han recibido ya su premio. Cuando tú hagas ayuno, lávate la cara y perfúmate el cabello. No son los hombres los que notarán tu ayuno, sino tu Padre que ve las cosas secretas, y tu Padre que ve en lo secreto, te premiará” (Mt 6:17-18).

Fijémonos bien en todos lo que asisten a nuestros grupos de oración, especialmente durante el tiempo de cuaresma. Todos o por lo menos la mayoría andan con cara larga, como si el sacrificio que hicieran les quitara la vida. “¿Y usted por qué trae esa cara tan larga?” “Es que estoy ayunando hermano” Responden con orgullo “¿De veras? Y ¿Ha de estar pasando mucha hambre, no es cierto?” “No hermano, si no estoy ayunando de hambre” “¿Entonces?” “Estoy ayunando de televisión, para que durante la cuaresma, el Señor (se persigna), haga el milagro que le estoy pidiendo” Con razón tiene cara larga.

El ayuno no es para que Dios haga un milagro en nuestras vidas, si su Palabra dice que: “antes de que ustedes pidan, su Padre ya sabe lo que necesita” Mt 6:7 Nuestro ayuno más bien, deberá de ser porque queremos agradar al Señor. Pero nosotros lo hacemos, para que todo el mundo se dé cuenta que somos santos. Lo mismo sucede con la gente que trabaja en la Parroquia. Todos en su vecindario, los admiran por lo que hacen (y eso que en su mayoría son trabajos pagados), pero no se dan cuenta de los déspotas y chismosos que son. Lo mismo nosotros ayunamos y seguimos de mal hablados, sacando la bandera universal a cuantos se oponga a nuestros ideales. Nos consideramos santos ángeles y más sin embargo somos el mismo “Cochino” andando.

Nadie debe de saber que éstas en pleno sacrificio, al no comer nada y algunos otros, al no beber nada. Lo único de que debemos de mostrar es que realmente amamos al prójimo, porque amamos a Dios. Eso es el ayuno verdadero y si nosotros buscamos el Reino y la justicia de Dios, todo se nos dará por añadidura (Mt 6:33).

El Evangelio según San Juan, nos comparte la historia de la samaritana. En este relato, Jesús nos da un claro ejemplo del significado del verdadero ayuno: “Mientras tanto los discípulos le insistían: «Maestro, come» Pero él les contestó: «El alimento que debo comer, ustedes no lo conocen» Y se preguntaban si alguien le habría traído de comer. Jesús les dijo: «**Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra**” (Jn 4:31-34).

Formidable sentimiento del amor de Jesús por la humanidad. ¿Hacemos nosotros su voluntad? Y si respondimos: “Sí”, entonces yo pregunto: ¿En dónde están nuestras cicatrices de clavos en las manos? ¿En dónde, la marca de los latigazos en la espalda o la cicatriz de los espinos injertados en nuestra cabeza? ¿En dónde nuestro rostro desfigurado, por los golpes recibidos? ¿Dónde las rodillas destrozadas por consecuencia de las tres caídas? No hermanos de mi corazón, mientras no nos demos en sacrificio, nunca nuestro ayuno podrá agradar al Señor Yahvé de los ejércitos.

Por tanto si vamos a ayunar, que no sepa nuestra mano derecha lo que hace la izquierda, entonces veremos las grandezas de Dios obrando en nuestras vidas. Amén



## ***En Dios está nuestra fe y esperanza***

Que bendición tan grande tenemos todos nosotros los cristianos, al reconocer que Dios a nuestro lado siempre ha estado.

Ese Padre celestial que es Dios de nuestras vidas, no hace diferencia entre sus hijos, sin importar quienes estos puedan ser o que puedan haber hecho hasta ahora.

Cuando Dios se dio a sí mismo por amor a cada uno de nosotros, no escatimó su grandeza de ser Dios todo poderoso, más se humilló, hasta hacerse como nosotros, dándose él mismo como rescate por cada uno de nuestros pecados.

Él, siendo en Jesús el Cordero sin mancha, se entregó de una manera total e incondicional, soportando el dolor de la cruz y la angustia de sus caídas, y sin importarle su propio dolor, se dio a sí mismo, y con ello nos demostró cuanto amor nos tiene.

**“Ese es el Cristo, en el que pensaba Dios ya desde el principio del mundo y que se presentó para ustedes al final de los tiempos”** (1 Ped 1:20). Y a pesar de que leemos esto constantemente en las Escrituras, nos es siempre difícil poder comprender o asimilarlo en nuestras propias vidas. A lo mejor es porque tenemos temor de sabernos liberados de toda “delicia” carnal, que nos tiene atados como un perro atado a su bozal.

Cristo Jesús es el Señor que nos ama con amor eterno. Él es el único que ha dado la vida por cada uno de nosotros, no porque se sienta enorgullecido por lo que hizo, al contrario en su resurrección, experimentó alegría al habernos liberado de nuestros pecados. Pero ¿cómo es que nosotros le pagamos? Aunque sabemos que él ya ha resucitado de entre los muertos y de alguna manera creemos en su bendita presencia, tenemos que reconocer que no basta con quedarnos en ese creer, más tenemos que vivir nosotros mismos esa resurrección, creyendo verdaderamente que a él lo llevamos muy adentro de nuestro corazón.

Quizá nos preguntemos: “¿Pero hermano, cómo podré yo vivir esa presencia de Jesús resucitado en mi propia vida?” La respuesta es muy sencilla; conviértete a él y salvo serás. Tenemos que comenzar por ordenar nuestra vida, dando un vuelco total a todo nuestro existir. Recordemos que Dios, se rebajó hasta hacerse como nosotros, de la misma forma tenemos que cambiar radicalmente nuestras propias vidas, excepto que nosotros no nos rebajaremos a ser menos de lo que somos (aunque algunos si lo hacen al no aceptar a Jesús en sus vidas), sino que nuestro cambio tendrá que ser siempre buscando hacia arriba, en donde se encuentra la presencia de Dios.

Tenemos que levantar nuestras manos y cantar, alabando, al que todo lo puede, al que sin inhibiciones nos ama. Debemos de darnos cada uno de nosotros por amor a Dios, sin importar las consecuencias que esto nos pueda acarrear.

Cuenta la historia que en el imperio romano, había payasos que alegraban la vida de los emperadores y de la gente en general. Entre ellos se encontraba uno muy famoso, a quien todos podían reconocer por sus grandes habilidades de hacer reír a todos, poniendo siempre en mal a los cristianos. Su nombre era Genesio. En cierta ocasión, para satisfacer al emperador, él y sus ayudantes, planeaban hacer un acto del sacramento del bautismo y con ello burlarse de los que se consideraban abiertamente cristianos. Prepararon todo y en la noche hicieron el acto. El payaso que la hizo de sacerdote le preguntó: “Genesio, ¿qué quieres de nosotros?” “Yo quiero ser bauti...” Ya no pudo terminar, una fuerza mayor, lo detuvo en sus palabras y le puso estas en su interior: “Pido con todo el corazón, arrepentido de mis pecados, el bautismo cristiano, para pertenecer eternamente a Jesús el Mesías, el Hijo de Dios verdadero” El compañero que fungía como sacerdote, sin titubear vertió el agua en la cabeza de Genesio arrodillado, y pronunció las palabras correspondientes: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” En ese momento todo el mundo se disponía a aplaudir ese sacrilegio, cuando de pronto Genesio se levantó y dijo: “¡Que el emperador y toda esta gente me oigan: hemos venido aquí para burlarnos de los Cristianos; sepan todos ustedes que esta agua vertida sobre mi cabeza me ha hecho de verdad cristiano; y creo y me entrego verdaderamente a Jesús, el Hijo de Dios altísimo!” La respuesta del emperador fue el de ordenar que lo ejecutaran y así terminó la vida pecadora de Genesio, pero empezó la vida eterna de un verdadero cristiano, que supo confrontar con valentía su propia conversión, aun sabiendo que al declararse cristiano, le llevaría a la muerte.

La anécdota de esta historia es: No importa cuánto hemos rechazado a Dios, cuando adoramos a los cantantes o los deportistas, convirtiéndoles en ídolos. No importa cuán alejado nos encontramos de Dios, cuando andamos en la prostitución, las drogas, el adulterio, y el alcohol. No importa cuánto hemos negado su bendita presencia, cuando maltratamos, abusamos sexualmente de nuestros propios hijos, cuando hurtamos, cuando no vestimos al desvalido y no le atendimos, cuando optamos por no ayudar y apoyar a nuestro cónyuge, creyendo que él o ella, son los responsables por lo que están atravesando. Recordemos que Jesús siempre ha estado a nuestro lado y si nos damos cuenta en éste mismo instante él está ahí, hablando a nuestro interior, contemplando nuestra herida, consolando el corazón oprimido por las circunstancias que nos rodean. Él quiere venir a nosotros, pero para ello, hay que estar dispuesto a recibirle verdaderamente en el corazón. Dejemos que esa fuerza poderosa del Espíritu de Dios transforme nuestra vida, nuestra manera de ser, convirtiendo el corazón ardido, en un corazón sediento de Jesús.

Hoy debemos de estar dispuestos a aceptarlo en nuestros corazones. No como un acto de magia, sino que como acto de fe. No esperando nada más que la vida eterna que nos tiene preparada el día de la resurrección.

Dispongamos pues, nuestros espíritus y dejémonos conducir por Dios, que en su infinita presencia puede transformar nuestro corazón, sanando nuestras heridas y dándole paz al corazón afligido,

Hay momentos en los que nos alejamos tanto de Dios que todo lo que hacemos nos causa dolor, pues lo que hacemos, es para satisfacer nuestro cuerpo físico y cuando por motivo de ese alejamiento, dolemos y sufrimos, deseamos mejor buscar la muerte. Busquemos mejor al Señor y veremos con ello, que la paz que ansía nuestro corazón, se encontrará solamente en él.

Hoy ha llegado el momento de tener ese encuentro personal con Jesús. Hoy el Señor nos invita a creer verdaderamente en él, sin importar lo que esto pueda traer como consecuencia a nuestra persona. A Genesio el payaso le trajo la crítica y la muerte. A nosotros posiblemente el reproche, pero no la muerte, pues sabemos que en Cristo encontramos la vida y como dice San Pablo **“Cristo es mi vida y de la misma muerte saco provecho”** (Fil 1:21).

Por eso hermanos, si en este momento estamos sufriendo por ser cristianos, levantemos las manos al Creador y démosle gracias por permitir que en nosotros se cumplan los dolores que le hicieron falta al cuerpo de Cristo. Y en vez de llorar, debemos de alabar, y si en este momento nos encontramos abatidos por las miserias que deja la vida, en la cama de enfermo, o con cualquier tipo de problema, sonriamos y pidamos al Padre que aumente los dolores, pero con la misma medida, que aumente su verdadero amor.

“Así, pues, nos sentimos seguros en cualquier circunstancia. Sabemos que vivir en el cuerpo es estar de viaje, lejos del Señor; es el tiempo de la fe, no de la visión. Por eso nos viene incluso el deseo de salir de este cuerpo para ir a vivir con el Señor. Pero al final, sea que conservemos esta casa o la perdamos, lo que nos importa es agradar al Señor” (2 Cor 5:6-9).

Por lo tanto tenemos que poner en Cristo Jesús toda nuestra esperanza y toda nuestra fe, caminando hacia aquel que lo puede todo, pidiendo fortaleza para seguir hacia adelante y nunca para a otras.

“Por tanto, tengan listo su espíritu y estén alerta, poniendo toda su esperanza en esta gracia que será para ustedes la venida gloriosa de Cristo Jesús. Si han aceptado la fe, no se dejen arrastrar ya por sus pasiones como lo hacían antes, cuando no sabían. Si es santo el que los llamó, también ustedes han de ser santos en toda su conducta, según dice la Escritura: Serán santos, porque yo soy santo” (1 Ped 13-16).

Debemos interesarnos en el poder de Dios obrando a cada momento en nuestras vidas, que aunque no sean perfectas, en Cristo Jesús se hacen perfectas, el día de la resurrección, al creer con todo el corazón que Cristo mismo dio su vida por el perdón de nuestros pecados, más aún resucitó de entre los muertos, para darnos vida eterna. Ese es su poder, que enfrasca todo su amor, el cual muchos de los llamados cristianos no viven a plenitud. ¿Por qué? Pues porque no entienden en su intelecto, ni comprenden en su interior, que en la fe puesta en él, obtenemos victoria segura.

Solamente confiados en él alcanzaremos a llegar a la tierra prometida, la Ciudad Santa en donde “ya no habrá muerte ni lamento, ni llanto ni pena, pues todo lo anterior ha pasado”

(Ap 21:4). Pero esto será solamente para aquel que confía plenamente, sin duda en el corazón, y como miembros activos de nuestra Iglesia, nosotros debemos ser los primeros en vivir en esa fe, con la esperanza viva de que un día veremos el rostro del Señor.

Además no se trata solamente de creer, sino que también poner en acción nuestra fe. El grano de trigo que se guarda en la bodega no produce fruto, en cambio el que se siembra, produce el fruto deseado, ¿no es cierto? Nosotros que decimos creer, que confiamos plenamente en el Señor, debemos de ponernos en acción, produciendo frutos deseados por el Señor, para la gloria de su nombre. Tenemos que mostrar que sí, que sí vivimos la fe verdadera (no hablo de religión), que nos llevará en camino hacia la cruz y luego a la resurrección, para una vida abundante, en la que tendremos como recompensa, el de adorar a Dios de día y de noche. Como nos dice las Escrituras: “Ya no tendrás necesidad del sol para que alumbre tu día, ni de la luna para la noche. Porque Yahvé será tu luz eterna, y tu Dios, tu esplendor” (Is 60:19).

En mis sopotocientos años que llevo en el camino del Señor, he ido madurando en mi fe y en momentos duros, mi esperanza, es siempre el Señor, pues solamente en él confío e inclusive, hasta en los peores momentos de salud, o de situaciones económicas, nunca he dejado de adorar a Yahvé, pues en él vivo y él a cambio nunca me ha dejado abandonado, nunca me ha faltado alimento sobre mi mesa, ni techo sobre mi cabeza; hasta el día de hoy no padezco de ninguna enfermedad de muerte (gloria a Dios) y aunque lo estuviera, mi confianza en él me da la esperanza que si es su voluntad que viva, viviré y si su voluntad es que muera, moriré por amor a él, pues estoy en sus manos.

“Por eso yo les digo: No anden preocupados por su vida con problemas de alimentos, ni por su cuerpo con problemas de ropa. ¿No es más importante la vida que el alimento y más valioso el cuerpo que la ropa? Fíjense en las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, no guardan alimentos en graneros, y sin embargo el Padre del Cielo, el Padre de ustedes, las alimenta. **¿No valen ustedes mucho más que las aves?** ¿Quién de ustedes, por más que se preocupe, puede añadir algo a su estatura? Y ¿por qué se preocupan tanto por la ropa? Miren cómo crecen las flores del campo, y no trabajan ni tejen. Pero yo les digo que ni Salomón, con todo su lujo, se pudo vestir como una de ellas. Y si Dios viste así el pasto del campo, que hoy brota y mañana se echa al fuego, ¿no hará mucho más por ustedes? **¡Qué poca fe tienen!** No anden tan preocupados ni digan: ¿tendremos alimentos? o ¿qué beberemos? o ¿tendremos ropas para vestirnos? Los que no conocen a Dios se afanan por esas cosas, pero el Padre del Cielo, **Padre de ustedes, sabe que necesitan todo eso.** Por lo tanto, busquen primero el Reino y la Justicia de Dios, y se les darán también todas esas cosas. No se preocupen por el día de mañana, pues el mañana se preocupará por sí mismo. A cada día le bastan sus problemas” (Mt 6:25-34).

Así se manifiesta el poder de Dios cuando confiamos en él. Nuestras vidas irán madurando en la fe y en la esperanza, cuanto más dediquemos nuestras vidas a la adoración y a la exaltación de su Nombre, un nombre que está sobre todo nombre, sobre nuestros

problemas, nuestros bienes materiales, nuestros cónyuges, nuestros hijos y sobre todo lo que hacemos o no hacemos y más aún, sobre nuestro propio existir.

Cuando confiamos en él, hay vida; cuando vacilamos, hay muerte. Pedro mismo experimentó las dos partes: “Pedro contestó: «Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti caminando sobre el agua.» Jesús le dijo: «Ven.» Pedro bajó de la barca y empezó a caminar sobre las aguas en dirección a Jesús. Pero el viento seguía muy fuerte, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: «¡Señor, sálvame!» Al instante Jesús extendió la mano y lo agarró, diciendo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has vacilado?»

¿Cuántos Pedros hay en la actualidad? Algunas veces victoriosos, con júbilo en nuestras vidas, cuando todo va bien, pero en muerte y desolación cuando todo va mal. ¿En dónde está nuestra confianza en Dios? Desgraciadamente así somos los cristianitos, “cómodos y militantes” que un día nos prendemos diciendo que confiamos y otro día decaídos porque no confiamos a plenitud.

Hay que recordar que la fe exige sacrificios y solamente aquel que es responsable, es el que verdaderamente vivirá a plenitud su fe. Este es el que busca verdaderamente poner en acción las grandezas que Dios ha hecho en su propia vida, sin temor del qué dirán, o de las pedradas que le darán. Él siempre seguirá firme, pues su fe es mucho muy grande en su corazón, para dejarse abatir por las problemáticas de la vida. Es aquel que profundiza en su Palabra y la pone en práctica, siendo luz en medio de la oscuridad y sal que da sabor.

Qué difícil es encontrar un verdadero cristiano. Aquel que refleja la fe y el amor verdadero de Dios para los demás. Entre los pocos veamos a Santa Teresa de Calcuta (le llamo Santa pues así lo mostró en su vida), ella vivió proclamando su fe cuando despojándose de su ser, dedicó su vida al bienestar de su prójimo. Vivió en medio de la más grande de las pobrezas y más sin embargo, fue rica en amor y nunca se quejó. ¿Cuál fue la respuesta de Dios? Pues que nunca le faltó para atender las necesidades de los demás. Su fe le dio siempre la esperanza de que un día Dios fuera a transformar, no solamente su vida, sino que la vida de todos los que sufren por igual.

Yo creo con todo mi corazón que su amor puede transformar, y puedo decir con plena confianza que, él tiene poder para liberar a los oprimidos, dándoles felicidad, pues el amor del Padre corre por todo mí ser. En mi carne soy débil, pero su Espíritu es fuerza y cuando pongo mi plena confianza en él, su poder me levanta. Hay momentos en los que me siento abatido y sin deseos de seguir mi camino, es entonces cuando su poder se manifiesta, pues como Pablo dice: “Por eso acepto con gusto lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. Pues **si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte**” (2 Cor 12:10).

Por eso, por muy duro que nos vaya en la vida, debemos de permanecer fuertes en la fe, con la plena confianza que Dios está a nuestro lado. No nos apartemos de él, poniendo nuestra confianza en cosas inútiles que solamente nos causan muerte eterna, más bien

dejemos que su amor nos resucite y cuando él nos llame por nuestro nombre, salir de la tumba en la que nos encontramos, glorificando a Dios y ensalzando su bello Nombre.

Posiblemente es eso lo que estas atravesando en este momento, esa enfermedad o esa angustia, la que no nos deja confiar plenamente. Tenemos que morir a la vida carnal y esperar en Jesús la vida espiritual.

Dejemos de confiar en nosotros mismo y en nuestras propias fuerzas, pues a lo mejor le hemos servido al Señor, pero todavía confiamos en nuestra persona.

Debemos de aprender a conocer lo que Dios quiere de nuestra vida por medio de lo que estamos viviendo en estos momentos. Esa es la vida cristiana a la cual todos estamos llamados a vivir. No por el sufrir, sino más bien por el amor de Dios que encontramos en Cristo Jesús, que nos sostiene aun cuando todo el mundo nos rechace.

Por lo tanto hermanos de mi corazón, es el momento de poner toda nuestra confianza en aquel que todo lo puede. Vivamos hoy como si fuera el último día, nunca esperando el mañana, pues el mañana está en las manos de Dios. Vivamos hoy, amando nuestra vida, con enfermedad, con sufrimiento o con lo que estemos experimentando en este momento, pues al amarnos a nosotros mismos, estaremos amando al Señor, pues todo aquel que dice que ama a Dios y no se ama así mismo, es un mentiroso y un hipócrita, mientras al amarte tal y como Dios te permite vivir, estas aceptando el amor de Dios en ti y de esa manera, amarás a todos aquellos que te han criticado o te han golpeado física y espiritualmente.

Y si en estos momentos, estamos postrados en cama de enfermo, animo pues Cristo nos ama. ¡Aleluya! Es más si nuestra enfermedad es terminal y ya los médicos nos dieron por muertos, lancemos una mirada al cielo y digamos en lo más íntimo del corazón: “Alabado sea Dios que me ha concedido vivir hasta hoy” Pues mientras respiremos, estamos viviendo la vida del Señor, y la vida del Señor no se estanca ahí como aguas sucias de un drenaje, la vida del Señor es como ríos de agua viva, para la eternidad. ¡Aleluya, gloria a Dios!

Santa Rosa de Lima, decía en sus oraciones de enferma: “¡Señor aumenta mis dolores, pero con la misma medida auméntame tu amor!” Que oración tan hermosa. Aun en el dolor más profundo, en la angustia más profunda, debemos de alabar a Dios, pidiendo compasión y sobre todo pidiendo que su amor nunca se aleje de nosotros, porque se pueden alejar el amor de nuestras familias y hermanos de la comunidad, se puede incluso alejar nuestra fe, pero el amor de Dios nunca se alejará de nosotros. Por eso dice su palabra en el Libro de Isaías en el capítulo 49 y verso 15 **“¿Puede una mujer olvidarse del niño que cría, o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvidase, ¡Yo nunca me olvidaré de ti!”** Gloria a Dios.

Esa es la realidad de nuestras vidas Cristianas. No estamos en manos del médico carnal, más estamos en las manos del médico espiritual. Y cuando los demás vean como nosotros nos fiamos del Señor, convirtiendo nuestro dolor en alegría, todos quedarán en vergüenza

pues no comprenderán la alegría que estamos experimentando al confiar plenamente en el Señor.

Entonces hermano de mi corazón, en el nombre de Jesús digamos en este momento con una gran sonrisa en los labios: “Cristo es mi vida y a él me entrego de corazón”, porque **“De hecho, ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor. Tanto en la vida como en la muerte pertenecemos al Señor”** (Rom 14:7-8). ¡Aleluya, gloria a Dios!

El otro día mientras observaba un documental sobre la vida de los Mayas, me quedé impresionado con las construcciones tan impresionantes que habían cimentado. ¿Cómo fue posible que ellos pudieran construir tan semejantes edificios, sin siquiera tener ningún tipo de tecnología como la que en la actualidad tenemos?

Hasta ahora nadie sabe con exactitud cómo es que ellos pudieron construir tan impresionantes y bellos edificios. Algunos dicen que utilizaron esclavos obligándolos a poner piedra sobre piedra, hasta lograr un edificio seguro. Otra cosa que me llamó la atención fue qué, en algunas ocasiones, construyeron un edificio sobre otro, como si estuvieran protegiendo el primero o posiblemente, porque no pudieron destruirlo antes de construir sobre él.

Es impresionante ver que, nuestra vida cristiana es exactamente lo mismo. Somos construcciones que formamos una sola Iglesia, construida con una Piedra principal que es Cristo Jesús.

Como verdaderos cristianos, somos contruidos en amor, paciencia y armonía, siendo fundados con la presencia de un Espíritu de poder, al cual sin importar lo que ocurra, nunca será o podrá ser destruido.

Somos puestos piedra sobre piedra. Teniendo en cuenta que como piedras de la construcción, tenemos que sostener a la piedra que está sobre nosotros y no sólo eso, sino que tenemos que ser apoyo a la que tenemos a nuestro lado, a sabiendas que la Piedra que nos sostiene es Cristo Jesús, la Piedra angular.

Pero para que nosotros seamos esas piedras que irán sobre la principal, tenemos primero que nada, creer verdaderamente que construiremos sobre esa Piedra. Tenemos que tener la plena confianza en que será el poder de Jesús el que nos ayude a mantenernos unidos unos con otros, formando con ello el edificio deseado, es decir el Templo verdadero de Dios en nuestras vidas.

Somos el Templo de Dios en donde habita el Espíritu Santo, y por lo tanto tenemos que cuidar de ese templo.

La primera carta a los Corintios, en el capítulo 3 y verso 17 dice: **“Al que destruya el Templo de Dios, Dios lo destruirá. El Templo de Dios es santo, y ese Templo son ustedes”**.

Algunos de nosotros, hemos tratado de construir nuestras vidas alrededor de otras piedras que nunca llegarán a ser piedra maciza. ¿Qué pasa con esas construcciones? Que nunca se podrán sostener en medio de tormentas y ventarrones. Mientras que al construir sobre Jesús, ese Templo se sostendrá para la eternidad. ¡Aleluya!

A lo mejor nos preguntemos en este momento: ¿Pero... cómo podré yo ser esa piedra montada sobre la Piedra angular? La respuesta es sencilla de responder. Debemos de aceptar a Jesús en lo más íntimo de tu corazón. No simplemente levantando la mano y diciendo como muchos hermanos protestantes: “Yo te acepto como mi Salvador”, sino, demostrando verdaderamente que sí, que sí es Cristo Jesús el verdadero Salvador de tu vida. Porque si bien es cierto que tenemos que recibirlo como salvador, también es cierto que para que esa salvación se haga realidad en nuestras vidas, tenemos que empezar por demostrar esa salvación, amando a nuestros hermanos, nuestro prójimo, amigos y hasta nuestros enemigos, no siendo, piedras de tropiezo para los demás, demostrando que Jesús es más que Salvador, que él es el Señor y dueño total de nuestra vida.

La escritura nos dice: **“Hermanos, ¿qué provecho saca uno cuando dice que tiene fe, pero no lo demuestra con su manera de actuar? Si no se demuestra por su manera de actuar, está completamente muerta”** (Sgo 2:14.17).

Recordemos que Cristo es la Piedra angular y por lo tanto tenemos que sentirnos verdaderamente fortalecidos por él. Debemos creer en su Palabra y poner a trabajar su mandato divino. **“Amarás a Dios sobre todas las cosas y amarás al prójimo como a ti mismo”**.

Es cierto que en ocasiones, nos hemos sentido rechazados por nuestros familiares y por nuestros hermanos de la comunidad, a lo mejor el líder del grupo al que pertenecemos, nos ha hecho una mala cara o habló mal de nosotros. Posiblemente el sacerdote de la parroquia no atendió nuestra necesidad cuando más lo necesitábamos; a lo mejor nos sentimos ya cansados de estar soportando al hermano de la comunidad y pensamos que nadie nos da una palabra de aliento para seguir adelante; o quizá tantas y tantas otras cosas que nos han hecho sentirnos como una piedra rajada. A lo mejor hemos pensado en retirarnos y dejar de ser piedra de sostén para los demás. Posiblemente pensemos que el alejarnos de la comunidad sería lo mejor.

Déjenme decirles en este momento, que hoy es el día para que cada uno de nosotros, los que nos sentimos a sí de decaídos, nos regocijemos en la presencia del Señor. Que hoy es el día en el que debemos de recapacitar y dejar el lugar falso en donde nos encontramos, con esos pensamientos absurdos y retornemos a ocupar el lugar que dejamos o que tratamos de dejar, pues hay que saber que somos esa piedra que le hace falta al Templo, para ayudar a sostener en Cristo a los demás.



Demostremos con acciones que vivimos en Cristo, pues no hay nada más hermoso que el amor y el sostén de Jesús. Ya dejemos hacer del corazón, una piedra, y dejemos que sea el Señor la Piedra que necesita nuestra propia construcción, aceptándolo en lo más íntimo, empezando a construir en nuestro hogar ese edificio espiritual, que nunca será destruido, al mantener nuestras vidas y las de toda la familia unida al Señor, por amor. Cuando logremos comprender esto, podremos encontrar sentido al lugar en donde nos ha colocado el Señor dentro de la comunidad.

Para que un edificio permanezca firme por mucho tiempo, tiene que tener mantenimiento. De la misma manera para que nuestro Templo espiritual siga firme hasta la eternidad, tiene que ser mantenido con la oración, la lectura de la Biblia y la asistencia asidua a la santa Eucaristía.

Nadie que vive en Cristo, se debe de sentir desilusionado por lo que esté atravesando en su vida. Cristo es nuestra Roca y fortaleza. En él debemos de poner toda nuestra confianza, entregándonos a él con un corazón abierto de par en par, siendo nosotros en él, esa piedra que sostendrá la presencia del Espíritu de amor, para dar amor a los demás.

Cuando dejemos de pensar que somos piedras rajadas y nos dejemos guiar por ese Espíritu, entonces podremos en Cristo, perdonar y pedir perdón a todos aquellos que nos han hecho daño o a los que les hemos hecho daño. Con ello, podremos cambiar nuestra actitud hacia nuestra familia y en vez de un grito a nuestro cónyuge o a nuestros hijos o a nuestros padres, daremos una palabra de aliento y de amor, pues al final de cuentas nada ni nadie en este mundo le pertenece a nadie, más todos le pertenecemos a él, y si dejamos que sea verdaderamente él esa fortaleza, nuestros corazones en lugar de piedras rajadas, serán corazones de esponja, los cuales con un amor constante estarán absorbiendo la Palabra de Dios.

Bendito sea Dios que nosotros los católicos somos ese pueblo consagrado, reino de sacerdotes, que él mismo ha elegido para que fuera de él. Bendito sea Dios, que somos llamados a proclamar sus maravillas. Pero si nosotros mismos no vivimos sus maravillas, entonces como comunicaremos a los demás, las grandezas del Señor.

Dejemos por un lado la quejabanza y demos gloria a Dios por las persecuciones y conflictos en nuestras vidas. Seamos fuertes pues él es fuerte.

Por supuesto que, el seguir a Cristo no es nada fácil. O ¿sí? Aquel que me diga lo contrario, que me escriba o que me llame y me dé la receta.

Pero para que pasemos de la quejabanza a la alabanza, tenemos que estar dispuesto a darnos a sí mismos por amor, comenzando por amar a Dios sobre todas, pero todas las cosas, amando al prójimo incluyendo al enemigo y amándonos a nosotros mismos tal y cual somos, pues Dios no nos ha escogido por ser ricos o pobres, por ser guapos o feos, por ser gordos (si fuera así, ya yo estaría descartado) o flacos, o porque tengamos una buena pinta para ser una

buena piedra, sino, porque hemos sido llamados desde antes de nacer, porque, desde el vientre de nuestra madre él ya nos ha llamado por nuestro nombre. ¡Aleluya, gloria a Dios!

No confiemos en nuestras propias fuerzas, lo vuelvo a repetir, más confiemos en las fuerzas de Jesús sin miedo de sostener como piedra a los demás, pues recordemos que es Cristo quien es el que verdaderamente nos sostiene a todos como la Piedra angular.

Aunque nos rechacen, aunque nos maldiga, aunque nos maltraten, sigamos siempre firme. A Jesús lo trataron peor y más sin embargo, continuó su misión hasta el final. Y Aunque digamos que para él fue fácil, pues era divinidad, déjenme decir que él se despojó de su divinidad **“y llegó a ser semejante a los hombres. Más aún, al verlo, se comprobó que era hombre- Se humilló y se hizo obediente hasta la muerte y muerte en una cruz”** ( Fil 2:6-8). Por eso hermanos, si él siendo hombre verdadero, supo vencer hasta el final, entregándose por amor a los demás, entonces de la misma manera debemos nosotros de entregarnos en cuerpo, alma y espíritu, pasando a ser esa piedra que ayuda a ser el Templo de Dios, en donde habita el Espíritu Santo.

Por lo tanto hermanos de mi corazón, seamos parte fundamental de la construcción de ese Templo y unido a la Iglesia, compartamos con alegría la presencia de Dios, viviendo y experimentado su amor en esa Piedra angular rechazada por los arquitectos del mundo.

En el nombre de Jesús. Amén.

## Conclusión

Bueno con esto terminamos de descubrir del por qué es que evangelizamos. Espero verdaderamente que este nuevo libro, nos ayude a comprender mejor la responsabilidad que tenemos al llevar puesta esa camiseta de cristiano sobre nosotros. Es bonito cuando nos miran y nos alaban por ser parte de un equipo evangelizador, pero más hermoso es ser conocido por el amor del Padre que habita en nosotros.

Hoy somos llamados a una Nueva Evangelización por nuestro Santo Papa Juan Pablo II, nueva no en el sentido de evangelización cambiada, por el contrario nueva en el sentido de apertura y disposición al enfrentar las realidades de nuestros tiempos, que alejan al mundo del amor de Dios. Nueva en el hecho de llevar el Evangelio con valentía y con seguridad a los más necesitados, haciendo uso de todos los medios de comunicación masiva, como son la radio, la televisión y en la actualidad, el Internet.

En esta Nueva Evangelización, nos toparemos con gente que nos rechazará e inclusive por los mismos miembros del clero que con envidias y con miedos de perder el poder que tiene sobre el pueblo, nos trataran como basura al rechazar el mensaje de amor, perdón y salvación de Cristo Jesús por su pueblo amado. En realidad estamos viviendo los mismos tiempos de Jesús en los que los líderes de la religión judía oprimían al pueblo, humillándoles y poniendo sobre ellos cargas tan pesadas que ni siquiera ellos mismos eran capaces de llevar, aplastando al débil, mientras ellos se deleitaban de su poder. Con justa razón Jesús les llamó “hipócritas” con caras de santos, pero con cola del Cochino.

Pero todo ello no nos debe de desanimar, pues nuestro trabajo es para la gloria de Dios y no para la gloria del hombre. Al final de cuentas, la recompensa será la vida eterna, mientras que todos aquellos que quisieron tumbar la obra, serán llevados al fuego ardiente, en donde habrá llanto y dolor eterno, en donde no hay tiempo de arrepentimiento y solamente el crujiir de dientes.

Por eso hermanos de mi corazón, los ánimo en el Señor a permanecer siempre fieles al amor del Padre, confiando plenamente que él tiene poder para obrar en nuestro caminar. Esa es la Nueva Evangelización a la que nos invita el Santo Papa y es la misma a la que les invito yo, no porque sea yo un gran personaje, más bien, porque amo al Señor y en mi caminar, me he dado cuenta de que sin su amor no sirvo para nada, pero mientras viva en él, todo lo puedo y todo lo alcanzo.

Entonces espero que lo que compartí, sea para edificar nuestra fe y plena confianza en el Padre de amor y en cada uno de los párrafos leídos, podamos comprender que Dios nos ha llamado desde el vientre de nuestras madres, para ser profetas de las naciones.

Si deseas escuchar mensajes en audio, puedes conectarte a nuestra página en internet a: [www.elpoderdedios.org](http://www.elpoderdedios.org) y visitar la sección de “mensaje en audio” También puedes

escribirnos a: [renealvarado@elpoderdedios.org](mailto:renealvarado@elpoderdedios.org) para cualquier pregunta que tengas sobre este material.

En el amor de Cristo  
René Alvarado  
Pan de Vida, Inc.